

# Friedrich Dürrenmatt

## EL ENCARGO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
Créditos	

## Sinopsis

F., una conocida periodista de la televisión suiza, acepta el *encargo* de un psiquiatra danés de investigar y reconstruir la misteriosa muerte de su mujer, ocurrida en un país árabe. Cuando F., junto a su equipo de grabación, empieza a indagar, se verá atrapada en una red de intrigas internacionales en la que intervendrán la policía marroquí, unos servicios secretos y hasta un apacible filósofo.

**EL ENCARGO**  
O sobre el observar del observador  
de los observados

Relato en veinticuatro frases  
**FRIEDRICH DÜRRENMATT**

Traducción de Juan José del Solar

TUSQUETS  
EDITORES

A Charlotte

¿Qué ocurrirá? ¿Qué nos traerá el futuro? No lo sé ni intuyo nada. Cuando desde un punto fijo se precipita una araña sobre sus consecuencias, siempre ve ante sí un espacio vacío en el que no encuentra lugar donde apoyarse, por más que patalee. A mí me ocurre lo mismo; ante mí hay siempre un espacio vacío; lo que me impulsa hacia delante es una consecuencia que se encuentra detrás de mí. Esta vida es absurda y atroz, intolerable.

KIERKEGAARD

Cuando la policía notificó a Otto von Lambert que su esposa Tina había sido encontrada muerta y violada junto a las ruinas de Al-Hakim, sin que se hubiera logrado esclarecer el crimen, el psiquiatra, conocido por su libro sobre el terrorismo, hizo que el cadáver fuera transportado en helicóptero por encima del Mediterráneo, amarrando bajo el aparato con un cable el ataúd en que yacía la difunta, de suerte que este, suspendido en el aire, voló sobre inmensas superficies iluminadas por el sol y entre jirones de nubes, atravesó incluso una tormenta de nieve sobre los Alpes y, más tarde, varios aguaceros, hasta que, en presencia del cortejo fúnebre reunido en torno a la tumba abierta, fue bajado suavemente al fondo y cubierto enseguida con paletadas de tierra, tras lo cual Von Lambert, que había observado que también la F. estaba filmando la escena, cerró su paraguas pese a que llovía, la miró brevemente de arriba abajo y la invitó a que lo visitara esa misma noche con su equipo de filmación, pues tenía para ella un encargo que no admitía dilación alguna.

Conocida por sus retratos fílmicos, la F., que se había propuesto recorrer nuevas vías y se aferraba aún a la vaga idea de realizar un retrato global, el de nuestro planeta, esperando conseguirlo a base de ensamblar escenas casuales en un todo —razón por la que había filmado el extraño entierro—, siguió con mirada perpleja a aquel hombre macizo, Von Lambert, quien, sin afeitar y empapado por la lluvia, y con el abrigo negro desabrochado, le había dirigido la palabra y se había alejado de ella sin despedirse, y decidió aceptar la invitación solo tras muchas vacilaciones, pues un oscuro presentimiento le decía que allí algo no cuadraba y que además corría el peligro de embarcarse en una historia que la apartaría de sus planes, de modo que se presentó más bien de mala gana con su equipo en el apartamento del psiquiatra, impelida únicamente por la curiosidad de saber lo que este quería de ella y decidida a no comprometerse en nada.



Von Lambert la recibió en su estudio, exigió ser filmado de inmediato, se sometió dócilmente a todos los preparativos y, sentado detrás de su escritorio, ante la cámara en marcha se declaró culpable de la muerte de su esposa, que sufría a menudo serias depresiones, por haberla tratado siempre más como un caso clínico que como a una mujer, hasta que ella, tras haber descubierto por casualidad lo que él iba anotando sobre su enfermedad, abandonó sin más ni más la casa, vestida con un traje tejano sobre el que se había puesto su abrigo de piel rojo y llevando solo un bolso, según informó el ama de llaves, y desde entonces él no había vuelto a tener noticias suyas, aunque tampoco había hecho nada por averiguar algo sobre ella, por un lado para dejarle plena libertad, y, por el otro, para ahorrarle la sensación, si llegaba a enterarse de sus pesquisas, de que él la seguía observando, sin embargo, tras un final tan horrible como el de Tina, y ahora que él reconocía su culpa no solo por el método que empleara con ella, el de la fría observación prescrita por la psiquiatría, sino también por no haber hecho ningún tipo de indagación, consideraba un deber suyo averiguar la verdad, más aún, hacerla accesible a la ciencia, enterarse de lo que había ocurrido, pues él ya había llegado al límite de las posibilidades de su ciencia —límite trazado por el destino de su esposa—, su estado de salud era ruinoso y no estaba en condiciones de viajar personalmente al lugar de los hechos, por eso le encomendaba a ella, la F., el encargo de reconstruir, junto con su equipo, el asesinato de Tina, del que él era causante como médico y en el que el asesino solo representaba un factor aleatorio, en el lugar donde según toda evidencia se había producido, registrando lo que hubiera que registrar a fin de que la película que filmase pudiera ser exhibida en congresos de especialistas y en la fiscalía del Estado, pues como culpable él había perdido, al igual que cualquier delincuente, el derecho a mantener su delito en secreto, y diciendo esto le entregó un cheque por una cantidad considerable, varias fotos de la difunta, así como el diario de esta y las notas que él había escrito, tras lo cual la F., para gran asombro de su equipo, aceptó el encargo.

Tras despedirse sin responder a la pregunta de su cámara sobre el significado de aquel absurdo, la F. se pasó la noche entera, casi hasta el amanecer, examinando el diario y las notas, y, después de un breve sueño, desde su cama organizó el vuelo a M. con una agencia de viajes, se dirigió luego a la ciudad, compró los periódicos sensacionalistas, cuyas primeras páginas ofrecían fotos del extraño entierro y de la muerta, y se sentó, antes de ir en busca de una dirección escrita a vuelapluma que había encontrado en el diario de Tina, en el restaurante italiano, donde desayunó sentada a la mesa del profesor de lógica D., a cuyo curso en la universidad asistían dos o tres estudiantes, un tipo extraño y perspicaz del que nadie sabía si era un desvalido ante la vida o solo fingía ese desvalimiento, que a todo el que se sentaba a su mesa en aquel restaurante siempre repleto le explicaba sus problemas lógicos de forma tan confusa y exhaustiva que nadie lograba entenderlos, tampoco la F., quien, no obstante, lo encontraba divertido, lo quería y a menudo le exponía sus proyectos, como ahora, que le comentó el encargo del psiquiatra y acabó hablándole del diario de la esposa, sin darse cuenta de que se lo estaba resumiendo, a tal punto la había impresionado aquel cuaderno de escritura apretada, dijo, sin embargo, que jamás había leído semejante descripción de un ser humano, que Tina von Lambert había descrito a su marido como un monstruo, gradualmente, eso sí, no de entrada, sino desgajando en cierto modo una tras otra las facetas de aquel hombre y observándolas luego como bajo un microscopio que ampliase cada vez más las imágenes con una luz de intensidad siempre mayor, durante páginas enteras había descrito cómo comía o se escarbaba los dientes, páginas enteras para decir cómo y dónde se rascaba, páginas enteras sobre cómo se relamía o carraspeaba, tosía, estornudaba, o sobre otros movimientos involuntarios, gestos, temblores y peculiaridades que, en mayor o menor grado, se dan en cada ser humano, pero todo esto expresado de manera tal que el comer en sí le resultaba ahora a ella, la F., intolerable, y si aún no había tocado su desayuno era solo porque se imaginaba que comía igualmente mal, no se podía comer de forma estética, leer aquel diario producía la sensación de que una nube hecha de puras observaciones se condensaba en un conglomerado de odio y repugnancia, a ella le parecía haber leído un guion sobre la documentación de cualquier hombre, como si, filmado de aquella manera, cualquier hombre, al perder toda individualidad gracias a una observación tan implacable, pudiera convertirse en un Von Lambert como el que había descrito su mujer, el psiquiatra, en cambio, le había dado una impresión totalmente distinta, era un fanático de su profesión que empezaba a dudar de esa profesión, había en él, como en muchos científicos, algo extremadamente pueril y desvalido, había creído amar a su mujer y lo seguía creyendo, pero a nadie le cuesta imaginarse que ama a alguien cuando en el fondo solo se ama a sí mismo, el espectacular entierro la había puesto recelosa, solo ocultaba el orgullo herido de Von Lambert, por qué no, y al encargarle este que investigara las circunstancias que condujeron a la muerte de su esposa estaba intentando, aunque inconscientemente, erigirse ante todo un monumento a sí mismo, si la descripción que Tina ofrecía de su marido rayaba en la exageración, cayendo en cierto exceso de expresividad, las notas de Von Lambert resultaban demasiado abstractas, detrás de esos apuntes no se leía una observación, sino una abstracción del ser humano, la depresión era definida como un fenómeno psicossomático producido por la toma de conciencia de la absurdidad del ser inherente al ser en sí, el sentido del ser era el ser mismo, por lo que el ser era, en principio, intolerable, Tina había tomado conciencia de todo esto y la toma de conciencia de esa toma de conciencia era precisamente la depresión, y así fue llenando páginas y páginas con este galimatías, por lo que a ella le resultaba de todo punto imposible creer que Tina hubiese huido porque encontró esos apuntes, como al parecer sospechaba Von Lambert, aunque su diario terminara con la frase «me observan», subrayada dos veces, ella interpretaba esta anotación de otra forma, Tina había descubierto que Von Lambert había leído su diario, y esto era lo horrible, no los

apuntes de Von Lambert, y para alguien que odia en secreto y de pronto se entera de que el ser odiado lo sabe, no hay otra salida que la fuga, tras lo cual la F. concluyó sus explicaciones con la observación de que algo no cuadraba en esa historia, seguía siendo un enigma qué había hecho huir a Tina al desierto, y ella, la F., tenía la impresión de ser una de aquellas sondas que se lanzan al espacio con la esperanza de que envíen a la Tierra informaciones cuya especificidad aún se desconoce.

D. escuchó el informe de la F. y, aunque solo eran las once, pidió distraídamente una copa de vino, se la echó, también distraídamente, al coleteo, pidió una segunda copa y dijo que aún seguía ocupado con la inútil cuestión de saber si el principio de identidad  $A = A$  era válido, pues él suponía dos A idénticas, cuando solo podía haber una A idéntica a sí misma, y, sea como fuere, referido a la realidad aquello era un absurdo, ningún hombre era idéntico a sí mismo porque estaba sometido al tiempo y, en rigor, en cada momento era distinto del que había sido en el momento anterior, a veces él tenía la impresión de ser otro cada mañana, como si un nuevo Yo hubiera desplazado a su Yo anterior y utilizara ahora su cerebro y, por lo tanto, también su memoria, por eso estaba contento de dedicarse a la lógica, que se encontraba más allá de toda realidad y a salvo de cualquier contratiempo existencial, por eso solo podía pronunciarse en términos muy generales sobre la historia que ella acababa de contarle, el bueno de Von Lambert no estaba conmocionado como marido sino como psiquiatra, la paciente había huido del médico, que había hecho de su fracaso humano un fracaso de la psiquiatría, y allí estaba ahora el psiquiatra como un carcelero sin reclusos, lo que le faltaba era su objeto, lo que él designaba como su culpa era solo esta carencia, y lo que quería de la F. era solo el documento que le faltaba para su documentación; al intentar saber lo que nunca podría entender, quería, en cierto modo, encerrar nuevamente a la muerta en su prisión, todo aquello habría sido un argumento para un comediógrafo si detrás no se ocultara un problema que a él, D., lo venía inquietando hacía tiempo, en su casa de las montañas tenía un telescopio reflector, un burdo aparato que, a ratos, dirigía hacia una roca en la que había gente observándolo con prismáticos, y cada vez que quienes lo estaban observando con sus prismáticos comprobaban que él también los observaba con su telescopio catóptrico, se retiraban velozmente, lo cual solo venía a corroborar la comprobación lógica de que a cada observado le corresponde un observador que, siendo a su vez observado por aquel observado, se convierte él mismo en observado, una trivial interacción lógica que, sin embargo, llevada a la realidad, tenía efectos amenazadores, los que lo observaban se sentían sorprendidos cuando él los observaba con su telescopio catóptrico, y ser sorprendido resultaba oprobioso, y el oprobio suele provocar agresividad, muchos de los que se habían retirado volvían cuando él, D., dejaba a un lado su instrumento, y lanzaban piedras contra su casa, en general, lo que ocurría entre quienes lo observaban y él, que observaba a sus observadores, era sintomático de nuestro tiempo, todos se sienten observados por todos y observan a todos, el hombre de hoy es un hombre observado, el Estado lo observa con métodos cada vez más sofisticados, el hombre intenta sustraerse cada vez más desesperadamente a ese ser-observado, al Estado le resulta cada vez más sospechoso el hombre, y al hombre el Estado, así también cada Estado observa al otro y se siente observado por todos los otros, y el hombre observa la naturaleza como nunca lo había hecho antes, inventando, para observarla, instrumentos cada vez más ingeniosos, tales como cámaras, telescopios, estereoscopios, radiotelescopios, telescopios de rayos X, microscopios, microscopios electrónicos, sincrotrones, satélites, sondas espaciales, computadoras, de la naturaleza siempre se obtienen nuevas observaciones, desde los quásares, situados a billones de años luz de distancia, hasta partículas de billonésimas de milímetro o hasta descubrir que los rayos electromagnéticos son masa irradiada, y la masa, radiación electromagnética congelada, jamás había observado el hombre tantas cosas de la naturaleza, que en cierto modo se ha desnudado ante él, despojándose de todo secreto, y es explotada y ve sus recursos escarnecidos, por eso D. tenía a veces la impresión de que la naturaleza, por su parte, observaba al hombre que la observaba y se volvía agresiva, el aire polucionado, el suelo y las aguas subterráneas contaminadas, los bosques moribundos eran una especie de huelga, una negativa consciente a volver inocuas las sustancias nocivas, los nuevos virus, los terremotos, las sequías, inundaciones, huracanes, erupciones volcánicas, etcétera, eran, en cambio, medidas de protección bien calculadas de

la naturaleza observada contra el que la observaba, así como su telescopio reflector y las piedras arrojadas contra su casa eran otras tantas medidas contra el ser-observado, algo similar a lo que había ocurrido entre Von Lambert y su mujer, para volver a ellos, también en ese caso observar había sido una forma de objetivar y uno había objetivado al otro hasta lo intolerable, él convirtiéndola en un objeto psiquiátrico, y ella convirtiéndolo en un objeto fóbico, hasta que Tina, al darse cuenta repentinamente de que ella, la observadora, era observada por el observado, decidió ponerse el abrigo rojo sobre su traje tejano y abandonar el círculo infernal de observar y ser-observada para dirigirse a la muerte, aunque, añadió D. al recuperar la seriedad después de un súbito ataque de risa, lo que él acababa de exponerle era solo una de las dos posibilidades, claro está, la otra consistía exactamente en lo contrario de cuanto había expuesto, una conclusión lógica depende de la situación de partida, si él fuera observado cada vez con menos frecuencia en su casa de las montañas, con tan poca frecuencia que, si dirigiese su telescopio reflector hacia quienes, según él, lo estarían observando desde el peñón de enfrente, y estos no lo observasen con sus prismáticos a él, sino cualquier otra cosa, gamuzas o montañistas que estuvieran trepando o escalando, con el tiempo este no-ser-observado acabaría torturándolo más que el ser-observado de antes y le haría desear ardientemente esas piedras lanzadas contra su casa, al no ser ya observado se sentiría alguien no digno de atención, es decir no respetado, es decir sin importancia, es decir absurdo, pensaba que se hundiría en una depresión desesperanzada y hasta renunciaría a su carrera académica —que era, de todas formas, un fracaso— como si fuera algo absurdo, y los hombres, sería entonces su irremediable conclusión, padecerían, como él, ese no-ser-observados y también se sentirían absurdos, por eso se observaban todos unos a otros, se fotografiaban y filmaban unos a otros por miedo al absurdo de su existencia frente a un universo que se dispersaba con sus billones de vías lácteas como la nuestra, poblado por millones y millones de planetas como el nuestro, con vida e irremisiblemente aislados por las monstruosas distancias, un universo sacudido todo el tiempo por soles que explotaban y volvían a condensarse, quién, aparte del hombre mismo, podría observar aún al hombre para darle algún sentido, ante semejante monstruo de universo ya no era posible un Dios personal, un Dios que fuera rey del mundo y padre, que observara a cada cual y contara cada uno de sus cabellos, Dios había muerto porque se había vuelto inconcebible, un axioma de fe sin raíz alguna en el entendimiento, ya solo era concebible un Dios impersonal como principio abstracto, como construcción mental filosófico-literaria para otorgarle mágicamente a ese Todo monstruoso algún sentido vago y difuso, el sentimiento lo es todo, el nombre es sonido y humo, que empaña el fulgor del cielo, prisionero en las estufas de azulejos del corazón humano, pero el entendimiento también era incapaz de imaginar algún sentido fuera del ser humano, pues todo lo pensable y factible, la lógica, la metafísica, las matemáticas, las leyes naturales, las obras de arte, la música, la poesía, todo adquiriría sentido solo a través del hombre, sin este volvía a sumirse en lo impensado y, por tanto, en el absurdo, mucho de lo que actualmente ocurre resultaría comprensible siguiendo esta pista lógica, la humanidad avanzaba tambaleante en la absurda esperanza de ser, pese a todo, observada por alguien, entregándose a la carrera armamentista, por ejemplo, obligaba a los participantes en ella a observarse unos a otros, de ahí que estos esperasen, en el fondo, poder armarse eternamente para así tener que observarse eternamente, sin carrera armamentista, los participantes se sumían en la intrascendencia, aunque si debido a algún fallo el armamentismo desencadenase el holocausto nuclear, algo que podía ocurrir hacía tiempo, este no supondría otra cosa que la absurda manifestación de que la Tierra estuvo alguna vez habitada, unos fuegos artificiales que nadie observaría, salvo una especie humana o algo parecido que quizás existiera en las proximidades de Sirio o en otro lugar, sin posibilidad de transmitir al que tanto quería ser observado la noticia de que lo habían observado, ya que este no existiría, también el fundamentalismo religioso y político, que asomaba por todas partes o aún seguía imperando, señalaba el hecho de que muchos, evidentemente la mayoría, no soportaban la idea de no ser observados y se refugiaban en la concepción de un Dios personal o de un partido fundamentado metafísicamente que los observaba, creyéndose por ello con derecho a observar a su vez si el mundo cumplía con los mandamientos del Dios o del partido que los venía observando, el caso de los terroristas era más complejo, su objetivo era un país de niños no observado, sino inobservado, pero al concebir el mundo en que vivían como una cárcel donde no solo estaban injustamente encerrados, sino que también yacían sin ser observados ni tenidos en cuenta en una de las mazmorras,

intentaban a la desesperada obligar a sus guardianes a que los observaran y pasar así de su situación de inobservados a las candilejas de la consideración, cosa que, paradójicamente, solo podían lograr retirándose una y otra vez al ámbito de lo inobservado, de una mazmorra a otra, sin salir nunca a la luz, en pocas palabras, la humanidad estaba regresando a la etapa de los pañales, fundamentalistas, idealistas, moralistas, cristiano-sociales aunaban sus esfuerzos por otorgarle otra vez observadores y, con ellos, un sentido a una humanidad inobservada, ya que el hombre se había vuelto un pedante y no podía vivir sin un sentido, razón por la cual soportaba todo menos la libertad de mofarse del sentido, también Tina von Lambert había soñado con ser observada por la opinión pública mundial a raíz de su fuga, cosa a la que podía aludir la frase «me observan», que ella misma había subrayado dos veces como corroboración triunfalista de su proyectada osadía, aunque solo si se aceptaba esta posibilidad comenzaba la verdadera tragedia, al haber interpretado su marido aquella huida no como un intento por ser observada, sino como una fuga para no serlo, y al haber renunciado a cualquier indagación ulterior, el objetivo de Tina había fracasado en un principio, su fuga no había sido observada ni tomada en cuenta, quizás debido a ello se había embarcado en aventuras cada vez más temerarias, hasta que con su muerte alcanzó lo que ansiaba intensamente, su foto estaba ahora en todos los periódicos, por fin había conseguido que la observaran y, con ello, la consideración y el sentido que había estado buscando.

La F., que había escuchado atentamente al lógico y había pedido un Campari, dijo que D. se preguntaría por qué habría aceptado ella el encargo de Von Lambert, la diferencia entre observado e inobservado era, sin duda, un divertido pasatiempo lógico, pero a ella le interesaba lo que él había dicho sobre el ser humano, al que negaba cualquier identidad consigo mismo, ya que siempre era otro, arrojado en el tiempo, si había entendido bien a D., lo cual significaba, sin embargo, que el Yo no existía, o, mejor dicho, que solo había una cadena infinita de yoes que emergían del futuro, pasaban como una exhalación por el presente y naufragaban en el pasado, de suerte que lo que uno denominaba su Yo no era más que un nombre colectivo para designar todos los yoes acumulados en el pasado, algo en constante aumento y cubierto por los yoes que desde el futuro iban cayendo a través del presente, una acumulación de restos de vivencias y recuerdos comparable a un montón de hojas en el que las de más abajo se hubieran vuelto humus tiempo atrás y que seguía aumentando gracias al follaje recién caído o hacinado por el viento, un proceso que llevaba a postular un Yo ficticio porque cada cual fingía su propio Yo y se imaginaba en un papel que intentaba representar más o menos bien, por eso dependía de la capacidad histriónica el que uno existiese o no como personaje, cuanto más inconsciente e impremeditadamente representase un papel, más natural parecería, ella entendía ahora por qué los actores eran tan difíciles de retratar, representaban su papel con demasiada evidencia, la teatralidad consciente parecía falsa, y, en general, cuando miraba retrospectivamente su propio currículum, considerando las personas a las que había retratado, tenía la sensación de haber filmado, ante todo, cómicos de segunda, particularmente entre los políticos, pocos habían sido actores de gran talla de su propio Yo, ella se había propuesto no filmar ya más retratos, pero la noche anterior, al leer una y otra vez el diario de Tina von Lambert e imaginarse a esa mujer joven con su abrigo de piel rojo dirigiéndose al desierto, adentrándose en ese mar de arena y piedras, ella, la F., cayó en la cuenta de que con su equipo tenía que seguir la pista de aquella mujer e internarse, como ella, en el desierto, hacia las ruinas de Al-Hakim, costara lo que costara, algo le decía que en el desierto había una realidad a la que, como Tina, tendría que enfrentarse, para esta había sido la muerte, qué sería para ella misma aún no lo sabía, y luego preguntó a D., al tiempo que se terminaba su Campari, si aceptar ese encargo no había sido una locura por su parte, a lo que D. respondió que ella quería ir al desierto porque buscaba un nuevo papel que representar, su antiguo papel había sido el de observadora de papeles ajenos y ahora su intención era intentar lo contrario, no retratar, lo cual suponía un objeto, sino reconstruir, elaborar el objeto de su retrato, acumular hojas dispersas hasta formar un montón, aunque no pudiera saber si las hojas que iba hacinando presentaban también afinidades, si a fin de cuentas no se estaba retratando a sí misma, una empresa que, si bien era descabellada, lo era tanto que ya no lo era, y le deseó lo mejor.

Por la mañana ya había hecho mucho bochorno, como en verano, y cuando ella entró en el coche se oían truenos, apenas alcanzó a cerrar el techo corredizo de su descapotable antes de que cayera un chaparrón, bajo el cual atravesó la ciudad vieja hasta el mercado antiguo y, pese a la prohibición, aparcó en el bordillo; no se había equivocado, la dirección fugazmente garrapateada en una de las páginas del diario era la del taller de un pintor fallecido unas semanas antes y que había abandonado la ciudad hacía ya muchos años, un taller que otra persona debía de llevar tiempo utilizando, si es que aún existía, pues se hallaba en un estado tan ruinoso y lamentable que ella estaba convencida de que no lo encontraría, pero como la dirección debía de tener alguna relación con Tina —de lo contrario no habría figurado en su diario— recorrió, pese a la lluvia que caía intensamente, el breve camino entre el coche y la puerta de la casa, y aunque no le fue difícil abrir la puerta, ya estaba empapada al llegar al pasillo, que no había cambiado, el patio, sobre cuyo suelo adoquinado rebotaba la lluvia, también era el mismo, así como el granero en el que había estado el taller del pintor, para su sorpresa, la puerta que conducía arriba tampoco estaba cerrada con llave, la escalera se perdía en la oscuridad, buscó en vano un interruptor, subió palpando ante sí con las manos, advirtió una puerta y de pronto se encontró en el taller, que, para su gran asombro, también estaba tal cual a la pálida luz plateada de la lluvia, que resbalaba por los cristales de las dos ventanas, el espacio alargado y estrecho aún seguía lleno de cuadros del pintor, que, sin embargo, había abandonado la ciudad hacía años, retratos en gran formato de los personajes más inverosímiles de la ciudad vieja estaban allí reunidos, sablistas, bebedores reincidentes, vagabundos, predicadores callejeros, rufianes, desocupados profesionales, traficantes y otros artistas del buen vivir, la mayoría bajo tierra como el pintor, solo que no tan solemnemente sepultados como este, a cuyo entierro ella había asistido, en los de los otros habían participado a lo sumo unas cuantas prostitutas lloronas o algún que otro borrachín, que derramaba cerveza en la tumba cuando se trataba de un entierro y no de una incineración, retratos de gente que, en su mayoría, ella había creído, y hasta visto, en museos, otros cuadros de formato más pequeño se hacinaban a los pies de quienes ya solo existían en el lienzo, representaban un tranvía, retretes, sartenes, restos de coches, velomotores, paraguas, policías de tráfico, botellas de Cinzano, nada había que el pintor no hubiera representado, el desorden era monstruoso, ante un imponente sillón de cuero semidestrozado había una caja, y sobre ella un anaquel lleno de carne seca, en el suelo botellas de chianti y un vaso de agua lleno hasta la mitad de vino, periódicos, cáscaras de huevo, por todas partes tubos de colores, como si el pintor aún estuviera vivo, pinceles, paletas, frascos de trementina y de petróleo, solo faltaba un caballete, la lluvia tamborileaba contra las dos ventanas de la parte alargada, para ver mejor, la F. apartó de la ventana de la pared delantera a un presidente del consejo municipal y al director de un banco que desde hacía dos años llevaba una vida menos alegre en la cárcel, y se vio frente al retrato de una mujer con un abrigo de piel rojo que la F. tomó primero por el retrato de Tina von Lambert, pero que luego no le pareció el de Tina, perfectamente podía ser el retrato de una dama parecida a Tina, y de pronto se estremeció, tuvo la impresión de que esa mujer que se erguía altivamente ante ella con los ojos bien abiertos era ella misma, aturdida por esta idea oyó pasos a su espalda, cuando se volvió era demasiado tarde, la puerta ya se había cerrado, y cuando al caer la tarde regresó con su equipo al taller, el retrato había desaparecido, en su lugar se encontró a otro equipo que estaba filmando el taller, el director, extrañamente nervioso, le explicó que antes de la gran retrospectiva en la Kunsthaus lo habían vuelto a reconstruir tal como era en tiempos del pintor, desde entonces se hallaba vacío, hojearon el catálogo, ni rastro del retrato, también era de todo punto imposible que no hubieran cerrado el taller con llave.



Desconcertada aún por aquel incidente, que le pareció una señal de que estaba buscando en la dirección equivocada, estuvo a punto de anular su vuelo, pero titubeó y los preparativos siguieron su curso, ya estaban sobrevolando España, veían abajo el Guadalquivir, luego divisaron el Atlántico, y cuando aterrizaron en C., se alegró pensando en el viaje al interior del país, que aún debía de estar verde, y recordó que años atrás, cuando hicieron ese mismo viaje viniendo del Atlas nevado en sus coches, con esquíes en los portaequipajes, habían pasado por una avenida flanqueada de palmeras datileras; entretanto, nada más aterrizar en C., ella y su equipo fueron recogidos en la pista por un coche de la policía y, sin tener que pasar por la aduana, trasladados con todos los aparatos de filmación a un avión de transporte militar que los llevó al interior del país, en M., cuatro policías en motocicleta los escoltaron a gran velocidad hasta el centro, adelantando a columnas de turistas que los observaban con curiosidad, acompañados por dos coches de un equipo de televisión que filmaba continuamente, uno delante y otro detrás de ellos, y así llegaron a la jefatura de policía con la escolta que filmaba a la F. y a su equipo de filmación, mientras este filmaba al jefe de la policía que, increíblemente gordo, recordaba a Göring en su uniforme blanco y, apoyado en el escritorio, explicaba lo feliz que se sentía de poder permitir a la F. y a su equipo, cierto es que bajo su propia responsabilidad y pese a los reparos de su Gobierno, que visitaran y filmaran los escenarios del abominable crimen, pero lo que más feliz le hacía era que la F., en su intento por reconstruir el delito, quisiera asimismo aprovechar la ocasión y fijar en el celuloide el impecable trabajo de sus efectivos policiales que, dotados con los equipos más modernos, no solo podían equipararse a los de cualquier otro país, sino que hasta los superaban, una pretensión tan desvergonzada que corroboró la sospecha, abrigada por la F. desde su experiencia en el taller, de estar sobre una pista falsa, de hecho, su empresa resultó absurda ya desde el comienzo, pues para aquel barrigón, que no paraba de enjugarse el sudor de la frente con su pañuelo de seda, ella no era sino una ocasión para hacerse publicidad a sí mismo y al cuerpo policial puesto a sus órdenes, no obstante, una vez caída en la trampa, no vio en un principio ninguna posibilidad de huir, pues no solo la policía los detuvo a ella y a su equipo, llevándolos a un jeep cuyo conductor, un policía con turbante y no con casco blanco como los otros, le indicó con un gesto de la mano que se sentara a su lado, mientras el cámara y el técnico de sonido tomaban asiento detrás, y el ayudante con los aparatos tenía que subirse a un segundo jeep, conducido por un negro, la televisión también los siguió cuando se acercaban al desierto, para gran indignación de la F., que, aunque hubiera preferido informarse primero, no lograba hacerse entender porque, ya fuera adrede o por descuido, no había un solo intérprete, y los policías, que más que acompañarlos les impartían órdenes, no entendían el francés, cosa que era de suponer en ese país, pero también porque los equipos de televisión se adentraron a toda máquina en el desierto rocoso hasta quedar fuera del alcance de la voz, corriendo paralelamente al jeep de la F., de modo que también la columna de coches perdió hasta tal punto el orden que los otros vehículos, así como el jeep que transportaba al ayudante con los aparatos, parecían dispersarse, según la voluntad y el humor de los distintos conductores, en las lejanías abrasadas por el sol, hasta los cuatro policías en motocicleta que componían la escolta se apartaron del jeep en que iban ellos, aceleraron y empezaron a acosarse unos a otros, retrocediendo con gran estruendo y describiendo amplios círculos, mientras los equipos de televisión enfilaban hacia el horizonte hasta perderse súbitamente de vista; en algún momento, el conductor de su jeep, lanzando gritos incomprensibles, se puso a perseguir a un chacal, describió una curva tras él, el chacal corría y corría, huyendo en zigzag, echó a correr en otra dirección, seguido por el jeep, que amenazó con volcarse varias veces, luego volvieron a acercarse los motoristas armando ruido, chillando y haciendo gestos que ellos, aferrados a sus asientos, no entendieron, hasta que de pronto llegaron al desierto de arena, ostensiblemente solos, sin avistar ningún otro vehículo, hasta los cuatro motoristas

habían desaparecido, y se lanzaron con el jeep por una carretera asfaltada a tal velocidad que resultó un misterio cómo el conductor, que no había logrado atropellar al chacal, sí había podido dar con ella, pues se hallaba parcialmente cubierta de arena, con dunas que se alzaban a ambos lados, lo cual hizo pensar a la F. que estaban surcando un mar azotado por olas de arena sobre el cual el sol proyectaba sombras cada vez más largas, pero de improviso surgieron ante ellos las ruinas de Al-Hakim, situadas en una hondonada a la que bajaron de forma inesperada y a toda máquina, en dirección al monumento que, oscureciendo el sol, emergía ante él, negro, en medio del enjambre de policías y gente de la televisión que ya se habían congregado allí, frente al enigmático testigo de una época inconcebiblemente antigua, descubierto a principios de siglo, un gigantesco cuadrado de piedra alisado como un espejo por la arena, que resultó ser la parte superior de un cubo de dimensiones cada vez más imponentes cuanto más se excavaba, pero cuando ya se disponían a dejarlo al descubierto por completo, aparecieron los santos de una secta chiita, figuras harapientas y amojamadas que se instalaron junto a uno de los lados del cubo, envueltas en túnicas negras, en espera del califa loco Al-Hakim, que, según creían, se hallaba al acecho en el interior del cubo y podía salir de él cualquier mes, cualquier día, cualquier minuto o cualquier segundo para recuperar su imperio universal, y allí permanecieron acurrucados como enormes pájaros negros, nadie se atrevía a ahuyentarlos, los arqueólogos excavaron los otros tres lados del cubo, cada vez más hondo, pero los sufíes negros, como los llamaban, inmóviles muy por encima de ellos, no se movían ni cuando el viento pasaba sobre sus cabezas, cubriéndolos de arena, solo una vez por semana llegaba, montado en un burro, un negro gigantesco que acercaba a sus bocas una cuchara llena de una papilla y vertía agua sobre ellos, de él se decía que aún era esclavo, y cuando la F. se les acercó, porque un joven oficial de policía que de pronto empezó a hablar en francés le explicó que el cadáver de Tina había sido hallado entre los «santos», según dijo respetuosamente, que alguien debió de arrojarlo entre estos, aunque, añadió, era imposible arrancarles algún tipo de información, pues habían jurado guardar silencio hasta el regreso de su *mahdi*, y, tras observar largo rato a esas figuras inmóviles, acuclilladas en largas hileras frente a ella, formando una unidad con los sillares negros del cubo, una excrescencia en uno de sus flancos, similares a momias, con luengas e hirsutas barbas blancas tachonadas de arena, invisibles los ojos en las profundas órbitas, cubiertos por completo de moscas que les recorrían todo el cuerpo, las manos incrustadas una en la otra con uñas larguísimas que les atravesaban las palmas, tocó cautelosamente a uno de ellos, quizás con la idea de obtener alguna información, la figura se desplomó, era un cadáver, lo mismo ocurrió con el siguiente, detrás de ella zumbaban las cámaras, solo el tercero le dio la impresión de estar todavía vivo, pero renunció a tocarlo, su cámara fue el único en recorrer toda la fila con su aparato pegado al ojo, y cuando ella comunicó el incidente al oficial de policía, que había permanecido junto a su coche, este le dijo que los chacales harían el resto, que el cadáver de Tina también había aparecido destrozado, y en ese momento empezó el crepúsculo, el sol debió de ponerse detrás de la hondonada, y la F. tuvo la impresión de que la noche la atacaba como un enemigo indulgente, que mata rápido.

Al día siguiente tampoco fue posible volver, antes de que la F. pudiera hacer su reserva en el vuelo de regreso, el cámara echó por tierra su propósito al comunicarle que el material filmado se había perdido, que los rollos habían sido cambiados, la gente de la televisión aseguraba que el material era el de él, y el cámara, hecho una furia, exigió que se revelaran los rollos para poder comprobarlo, cosa que le prometieron para aquella tarde, pero a una hora que imposibilitaba la partida, además la policía volvió a llevárselos de una forma que les dejó claro que era más inteligente actuar como si se estuviera colaborando, de hecho, en las dependencias subterráneas de la jefatura de policía desfilaron ante ellos una serie de personas con las que a la F. le permitieron hablar y a las que pudo filmar, hombres que, nada más entrar en la sala, eran liberados de las esposas, pero a los que un policía les ponía una metralleta en la espalda en cuanto se sentaban en el banquillo, se trataba de individuos mal afeitados, a los que les faltaban dientes y que, con manos temblorosas, cogieron ávidamente el cigarrillo que les ofreció la F., luego, tras lanzar una breve mirada a la foto de Tina, respondieron afirmativamente a la pregunta de si habían visto a esa mujer, y cuando les preguntaron dónde, contestaron en voz baja que «en el gueto», todos iban con chaquetillas y pantalones sucios de tela blanca, sin camisa, como uniformados y repitiendo siempre la misma respuesta: en el gueto, en el gueto, en el gueto, y entonces uno de ellos contó que alguien había intentado contratarlo para matar a la mujer de la fotografía, que se trataba de la esposa de un hombre que había defendido el movimiento de resistencia árabe sin calificarlo de organización terrorista o algo parecido, y añadió que no acababa de entender por qué esa señora debía morir por eso, que él había rechazado la oferta, la suma era demasiado exigua, en sus círculos las tarifas estaban reguladas, cuestión de honor, el hombre que había hecho la oferta era pequeño y grueso, probablemente americano o..., él no sabía más detalles, a la mujer solo la había visto una vez en compañía de aquel hombre, en el gueto, ya lo había dicho, todos los demás hicieron declaraciones similares, de manera mecánica, fumando con avidez sus cigarrillos, solo uno sonrió maliciosamente al ver la foto, le echó el humo en la cara a la F., era casi un enano, con una gran cara arrugada, hablaba inglés como suelen hablarlo los escandinavos, dijo no haber visto nunca a esa mujer, que ninguno de ellos la había visto, al oír eso el policía lo alzó en volandas y le golpeó la espalda con la metralleta, pero en ese instante apareció un oficial que reprendió ásperamente al policía, y de pronto la sala se llenó de policías, el hombre de la gran cara arrugada fue sacado de allí y desde fuera empujaron dentro a un nuevo recluso que se sentó a la luz de los reflectores, otro clic, el zumbido de la cámara, el tipo cogió un cigarrillo con manos temblorosas, miró la foto, contó la misma historia que los otros añadiendo variantes mínimas, a veces de manera confusa como los otros, pues, al igual que ellos, casi no tenía dientes, luego vino el siguiente y después el último, tras lo cual abandonaron el recinto de cemento vacío donde habían interrogado a aquellos hombres y en el que solo había una mesa coja, un reflector y unas cuantas sillas, atravesaron el mundo de las cárceles subterráneas, pasando junto a rejas de hierro tras las cuales se veían figuras blancuzcas tumbadas o aovilladas en las celdas, y subieron en ascensor a donde el juez instructor, una oficina moderna y confortablemente equipada, con un jurista, un delicado petimetre cuyas gafas sin montura le quedaban mal, que atendió a la F. y a su equipo en cuanto tomaron asiento en cómodos sillones alrededor de una mesa redonda con tablero de cristal, sirviéndoles toda suerte de exquisiteces, caviar y vodka incluidos, mientras él mismo, que le hacía los honores a un vino blanco alsaciano enviado por un colega francés, aseguraba con lujo de detalles, haciéndole una seña al cámara, que aguardaba listo para filmarlo, que él era un musulmán creyente y en muchos aspectos incluso un fundamentalista, que Jomeini tenía sus lados positivos y hasta grandiosos, pero el proceso que llevaba a una síntesis de la concepción coránica del derecho y del pensamiento jurídico europeo era ya imparable en ese país, algo comparable a la integración de Aristóteles en la

teología musulmana durante la Edad Media, siguió diciendo, hasta que por último, tras una agotadora digresión sobre la historia de los omeyas españoles, se puso a hablar, como por casualidad, del caso de Tina von Lambert, lo lamentaba y entendía perfectamente las emociones que el caso había suscitado en Europa, dijo, que Europa era proclive a lo trágico y la cultura islámica al fatalismo, luego mostró fotos del cadáver y añadió: pues sí, los chacales, y acto seguido afirmó que el cadáver había sido llevado a donde los sufíes negros de las ruinas de Al-Hakim solo después del delito, lo cual, y aquí se disculpó, hacía pensar en un asesino cristiano, pues sí, ningún musulmán se habría atrevido a arrojar un cadáver entre aquellos santos, la indignación por lo ocurrido era general, presentó el informe del médico forense, violación, muerte por estrangulamiento, era evidente que no había habido lucha, los hombres que le habían presentado a la F. eran agentes extranjeros, no necesitaba ser explícito sobre qué potencia había estado interesada en el asesinato, la negativa de Von Lambert, en el congreso antiterrorista internacional, a calificar de terroristas a los combatientes por la libertad árabe, cierto servicio secreto había sentado un ejemplo aleccionador, se sospechaba que el autor era uno de los agentes, el país estaba lleno de espías, claro que también soviéticos, checos, alemanes orientales sobre todo, pero principalmente norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes occidentales, italianos, para qué enumerarlos a todos, en pocas palabras, aventureros de todos los países, aquel servicio secreto —ella entendía a cuál se estaba refiriendo— operaba con suma habilidad, sobornaba a otros agentes, los sobornaba, esa era la perfidia, con el asesinato de Tina von Lambert se había querido vengar, por un lado, y por el otro enturbiar las buenas relaciones comerciales de su país con la Comunidad Económica Europea, impidiendo en particular la salida de ciertas mercancías, productos cuya exportación a Europa era efectuada sobre todo por..., pues sí, y luego, después de recibir una llamada, el juez instructor miró fijamente y en silencio a la F. y a su equipo, abrió la puerta, les hizo señas de que lo siguieran, los precedió por varios pasillos, luego por una escalera, que bajaron, más pasillos, abrió con una llave una puerta de hierro, de nuevo un pasillo, más estrecho que los otros, por el cual llegaron hasta una pared provista de una serie de mirillas que permitían ver, abajo, un patio vacío y circundado evidentemente por el edificio de la jefatura de policía, pero ellos solo vieron muros lisos, sin ventanas, que daban al patio cierto aire de pozo en el que el enano escandinavo, esposado, era introducido en aquel momento junto a una fila de policías con metralleta al hombro, cascos y guantes blancos, detrás de él un capitán de policía con el sable desenvainado, el escandinavo se paró contra la pared de cemento frente a la fila de policías, el oficial retrocedió hasta detenerse junto al pelotón, levantó el sable en vertical ante su cara, todo parecía una opereta, el jefe de policía gordo entró contoneándose, lo que aumentó el efecto de opereta, avanzó penosamente y sudando hasta el sonriente enano, le puso un cigarrillo en la boca, se lo encendió, volvió a salir, contoneándose, del campo visual de los que estaban arriba, detrás de las mirillas, la filmadora zumbaba, de algún modo el cámara se las había ingeniado para filmar el suceso, abajo, el enano fumaba mientras los policías aguardaban apuntando con sus metralletas, en cuyas bocas habían fijado algo, al parecer silenciadores, aguardaban, el oficial había vuelto a bajar su sable, el enano fumaba, parecía fumar infinitamente, los policías empezaron a impacientarse, el oficial volvió a levantar su sable, los policías apuntaron de nuevo, un ruido sordo, el enano intentó coger el cigarrillo con sus manos esposadas, lo dejó caer, lo apagó con los pies, luego se derrumbó, mientras los policías volvían a bajar sus metralletas, y quedó inmóvil en el suelo, la sangre manaba de él por todos lados, corriendo hacia el centro del patio, donde había una rejilla de alcantarillado, y el juez instructor, apartándose de su mirilla, dijo que el escandinavo había confesado ser el asesino, por desgracia el jefe de la policía había actuado precipitadamente, lo lamentaba, pero la indignación del país..., pues sí, y de nuevo volvieron por el pasillo estrecho, por la puerta de hierro, otra vez los pasillos, aunque esta vez otros, escaleras arriba y abajo, luego una sala de proyecciones donde el jefe de la policía, ya sentado, llenaba por completo un sillón, indulgente, animado por la ejecución, sudando a chorros impregnados de perfume, fumando cigarrillos como el que ofreciera al enano, en cuya confesión no creían la F. ni su equipo ni, evidentemente, el juez instructor, quien tras un nuevo «pues sí» se había retirado de manera discreta, en la pantalla las ruinas de Al-Hakim, los vehículos, los equipos de televisión, los policías, los cuatro motoristas, la llegada de la F. con su equipo, el cámara dando instrucciones a los ayudantes, que sonreían estúpidamente, el técnico de sonido manipulando sus aparatos, de vez en cuando el desierto, un policía en un camello, el jeep conducido por el chófer con turbante, por

último la F. con la mirada fija en una dirección, pero sin que se viera qué estaba mirando, hacia la fila de figuras aovilladas al pie de las ruinas, hacia aquellos humanoides cubiertos de moscas, semihundidos en la arena, que tapaba sus túnicas negras, ninguna imagen de ellos, solo más policías, luego su formación, en las aulas, haciendo deporte, en los dormitorios, lavándose los dientes bajo la ducha común, todo aplaudido por el Göring de blanco, que era una película extraordinaria, felicitaciones, para después, ante las protestas de la F. de que esa no era su película, preguntar asombrado «¿de veras?» y dar enseguida la respuesta, el material debió de haber quedado inutilizable, nada extraño con el sol del desierto, pero el crimen ya había sido esclarecido, el asesino ejecutado y él le deseaba un feliz viaje de regreso a su país, dicho lo cual se levantó y, con un benévolo «adiós, hija mía» (que irritó particularmente a la F.), abandonó la sala de proyecciones.

Cuando salieron de nuevo al aire libre los estaba esperando el policía del turbante, que, desde el volante de su jeep, los miró burlescamente mientras detrás de él los turistas llenaban la ancha plaza entre la jefatura de policía y la gran mezquita, asediados por niños que les abrían las manos con la esperanza de encontrar dinero, ensordecidos por una prédica que los altavoces transmitían desde la mezquita, aturcidos por las bocinas de los taxis y autobuses que intentaban abrirse paso a través del gentío, entre un enjambre de veraneantes que se fotografiaban y filmaban unos a otros y producían un contraste irreal con los acontecimientos que acababan de ocurrir en el complejo de dependencias enjalbegadas de la jefatura de policía, como si dos realidades se entremezclasen, una de ellas siniestra, cruel, y otra turísticamente trivial, y cuando el policía del turbante se dirigió a la F. en francés, lengua que antes no había hablado, aquello fue demasiado para ella: se separó de su equipo, quería estar sola, se sentía cómplice de la muerte del pequeño escandinavo, la ejecución se había realizado tan solo para impedirle hacer nuevas indagaciones, seguía viendo ante sí la cara rugosa con el cigarrillo entre los finos labios, luego las cabezas cubiertas de moscas de aquellas figuras negras en las ruinas de Al-Hakim, le parecía que era víctima de una pesadilla interminable desde que puso los pies en aquel país, además, por primera vez en su vida había fracasado, de haber seguido adelante no solo habría arriesgado su vida, sino también la de su equipo, el jefe de la policía era peligroso, no se arredraría ante nada, tras la muerte de Tina von Lambert se ocultaba un secreto, la cháchara del juez instructor había sido demasiado transparente, un burdo intento de disimular algo, de ocultarlo ante la opinión pública, pero ella no sabía qué cosa, y entonces se reprochó de nuevo que alguien pudiera haber salido del taller mientras ella contemplaba el retrato de la mujer del abrigo rojo que, en su recuerdo, adoptaba cada vez más sus propios rasgos, ¿sería un hombre o una mujer el que se había escondido en el taller?, ¿le habría ocultado algo el director?, ¿quién habría usado la cama que apareció detrás de la cortina?, sobre esto tampoco había seguido indagando, y así, furiosa aún por su negligencia, acabó recalando en la ciudad antigua empujada por turistas sudorosos, y de pronto tuvo dificultades para respirar, tal era el olor que la envolvía, no un olor específico, sino el de todas las especias juntas, combinado con otros olores a sangre y excrementos, a café, miel y sudor, recorrió callejuelas oscuras como desfiladeros, continuamente iluminadas por flashes, pues siempre había alguien que fotografiaba entre la multitud, y pasó junto a pilas de calderos de cobre y de fuentes, ollas, alfombras, objetos decorativos, radios, cajas de televisión, maletas, puestos de carne y pescado, carros de fruta y verdura, envuelta en una penetrante nube de perfume y hediondez, hasta que de pronto la rozó algo peludo, se detuvo entre gente que se empujaba y chocaba con ella al pasar, nativos, ya no había ni un turista, según comprobó aturrida, por encima de ella colgaban, en perchas de alambre, faldas de mujer baratas y de colores chillones y muy variados, tanto más grotescas cuanto que nadie usaba faldas de ese tipo, y lo que la había rozado era un abrigo de piel rojo que, según supo al instante, era el abrigo de Tina von Lambert, debió de haberla atraído como un objeto mágico, tal fue su impresión, por lo cual, y como si la obligaran, entró a toda prisa en la tienda ante la cual colgaban las perchas, en realidad entró más bien en una cueva, y tardó un buen rato en adivinar, en la oscuridad, la presencia de un anciano al que dirigió la palabra, pero que no reaccionó, por lo que ella lo cogió de la mano y violentamente lo condujo afuera, debajo de las faldas, sin preocuparse por los niños que entretanto se habían agolpado y, con los ojos muy abiertos, miraban fijamente a la F., que había arrancado el abrigo de la percha en la cual colgaba y, decidida a adquirirlo a cualquier precio, solo en ese momento se dio cuenta de que estaba en presencia de un ciego cuya única vestimenta era una larga túnica sucia que en otro tiempo había sido blanca, con una gran mancha de sangre seca en el pecho, semiculta tras la barba rala, la cara inmóvil con los ojos amarillentos sin pupilas, y que tampoco parecía oír, ella le cogió la mano y le hizo acariciar el abrigo, él no

respondió, los niños los rodearon, los nativos se detenían, curiosos por saber a qué se debía aquel atasco, el viejo seguía sin decir nada, la F. hurgó en su bolso, que llevaba, como siempre, colgado en bandolera sobre su traje y en el cual, con su habitual despreocupación, tenía el pasaporte, las joyas, el neceser y el dinero, le dejó al ciego unos cuantos billetes en la mano, se puso el abrigo y empezó a avanzar entre la multitud, escoltada por varios niños que le hablaban sin que ella entendiese nada, luego, una vez fuera de la ciudad antigua —no sabía cómo había salido de ella ni tampoco dónde estaba—, encontró un taxi que la condujo a su hotel, en cuyo vestíbulo se hallaba su equipo, cómodamente arrellanado en las poltronas y sin quitarle los ojos de encima a ella, que, en su abrigo de piel rojo, pidió un cigarrillo al técnico de sonido y dijo que ese abrigo rojo, que había encontrado en la ciudad antigua, era el que llevaba puesto Tina von Lambert cuando se fue al desierto, y que, por absurdo que pudiera parecer, no pensaba regresar antes de haber averiguado la verdad sobre su muerte.

Que si aquello era sensato, preguntó el técnico de sonido, el ayudante sonrió desconcertado y el cámara se levantó y dijo que no seguiría participando en ese absurdo, que en cuanto la F. los había abandonado llegó la policía y confiscó el material filmado en la jefatura, y cuando volvieron al hotel, el recepcionista ya había reservado el vuelo de regreso y pedido un taxi para el día siguiente a primera hora, él estaba feliz de poder abandonar ese maldito país, los hombres a los que interrogaron habían sido torturados, por eso no tenían dientes, y tras la ejecución del enano él había estado una hora vomitando en su habitación, que estaban todos locos al meterse en la política del país, sus temores se habían visto confirmados, las indagaciones dignas de ese nombre no solo eran imposibles allí, sino altamente peligrosas, cosa que a él no le importaría si viera alguna posibilidad de éxito para su proyecto, por mínima que fuera, y luego añadió, dejándose caer de nuevo en la poltrona, que a decir verdad el proyecto entero era tan poco claro, tan confuso, que él también le aconsejaba a la F. que renunciase, bien era cierto que había encontrado un abrigo de piel rojo, pero no podía estar segura de que fuera el de la Lambert, a lo que la F. respondió irritada que ella nunca había renunciado a nada, y cuando el técnico de sonido, para el que nada era tan preciado como la paz, añadió que quizás sería mejor que regresara con ellos, que había hechos cuya especificidad era el no salir nunca a la luz del día, ella volvió a su habitación sin despedirse, pero se detuvo en el umbral, porque en el sillón, bajo la lámpara de pie, vio sentado al delicado petimetre de las gafas sin montura, el juez instructor, que observó en silencio a la que lo observaba en silencio y le señaló con la mano el segundo sillón, en el que la F. se sentó mecánicamente, pues le pareció que tras el componente blando y sentimental del petimetre empezaba a manifestarse un rasgo de dureza y decisión hasta entonces oculto, también su lenguaje, al principio vago y digresivo, se volvió duro y objetivo cuando comenzó a hablar y la felicitó por haber encontrado el abrigo de Tina von Lambert, adoptando a ratos un tono burlón como el de un hombre que se alegra de haber timado a alguien, por eso ella solo fue capaz de asentir en silencio cuando él le explicó que había venido a agradecerle el material que había filmado, era extraordinario, los santos negros y la ejecución del danés se adecuaban perfectamente a sus fines, y al preguntarle ella qué intenciones tenía, él respondió tranquilamente que se había tomado la libertad de hacer poner una botella de Chablis en la nevera, junto a los zumos de fruta, limonadas y aguas minerales que se solían beber allí, y que junto a la nevera había una botella de whisky, y cuando ella dijo que prefería el whisky, él replicó que se lo había imaginado, que también había nueces, se levantó, buscó algo en la nevera, volvió con dos vasos de whisky, hielo y nueces, y se presentó, era el jefe del servicio secreto y estaba al tanto de sus costumbres, que le perdonara su cháchara en la jefatura, el jefe de la policía tenía espías por todas partes, y él también tenía los suyos, en cualquier momento podía oír en secreto lo que el jefe de la policía oía en secreto, y luego le explicó en pocas palabras que este tenía la intención de hacerse con el poder de ese país, cambiar el curso de la política exterior y atribuir el asesinato de Tina a un servicio secreto extranjero, de ahí el fusilamiento del escandinavo, pero el jefe de la policía ignoraba que la ejecución había sido filmada, como tampoco sabía que era observado por él, jefe del servicio secreto, pues sí, el jefe de la policía ni siquiera sabía quién era el jefe del servicio secreto, le interesaba aparecer como el hombre fuerte que podía disponer de la policía como de un ejército privado a fin de que, cuando asumiera el poder del país, este pareciera protegido, a él, en cambio, al jefe del servicio secreto, le interesaba comprometer al jefe de la policía, mostrar cómo este había corrompido a las fuerzas policiales y dejar a la vista que su poder era incierto, lábil y estaba ya desmoronándose, aunque lo más importante era demostrar su incapacidad basándose en el homicidio de Tina von Lambert, por eso él había hecho todo cuanto pudo por facilitarle a ella, la F., la posibilidad de seguir indagando, claro que con otro equipo que él pondría a su disposición, el jefe de la policía no debía volverse suspicaz, su antiguo equipo partiría de regreso, él



mismo había tomado las medidas necesarias e instruido a los hombres idóneos, el personal del hotel actuaba por encargo suyo, una persona amiga suya asumiría el papel de la F., ¡adelante!, y tras decir esto abrió la puerta y entró una mujer joven vestida con traje tejano, como la F., llevando suelto sobre los hombros un abrigo de piel rojo de corte exactamente igual al de Tina von Lambert, circunstancia esta que inspiró desconfianza a la F. y la indujo a preguntar si la invitación a seguir indagando sobre el destino de la infortunada Tina von Lambert no era más bien una orden, la respuesta que obtuvo fue que había sido ella quien aceptó el encargo de Von Lambert y que él, el jefe del servicio secreto, consideraba un deber suyo ayudarla en su tarea, tras lo cual añadió que le proporcionaría alojamiento en otro sitio, que no tenía nada que temer, a partir de ese momento quedaba bajo su protección, pero sería bueno que, en su propio interés, informase a su equipo tan solo de lo estrictamente necesario, y con esto se despidió, llevándose consigo a la joven que solo ofrecía cierta similitud con la F. en la medida en que, vista de lejos, no podía excluirse una confusión.

El cámara ya se había acostado cuando telefoneó la F., acudió en pijama al cuarto de ella, que estaba haciendo sus maletas, y escuchó su informe en silencio, la F. no le ocultó nada, ni siquiera el consejo del jefe del servicio secreto de no comunicar al equipo más que lo estrictamente necesario, pero solo cuando ella hubo terminado, él se sirvió un whisky que se olvidó de beber, reflexionó y dijo por último que la F. había caído en una trampa, que el abrigo de piel rojo de Tina von Lambert no había ido a parar casualmente a manos de un vendedor ciego en la ciudad antigua, el abrigo rojo había sido el señuelo, había muy pocos abrigos de ese tipo, quizás solo uno, y el hecho de que una mujer pudiese aparecer ahora con un segundo abrigo hacía pensar en una planificación muy cuidadosa, habían calculado que la F. iría a la ciudad antigua, un abrigo de piel rojo colgado entre faldas baratas llamaba la atención y confeccionar otro para un doble requería tiempo, que el jefe del servicio secreto quisiera neutralizar al jefe de la policía le resultaba claro, pero no comprendía por qué necesitaba a la F. para eso, por qué tantas ceremonias, ahí había otras cosas en juego, Tina von Lambert no había ido a ese país por puro capricho, sino por un motivo determinado que también tenía que ver con su muerte, él había leído el libro de Von Lambert sobre el terrorismo, a los combatientes de la resistencia árabe les dedicaba dos páginas, se negaba a llamarlos terroristas, a la vez que acentuaba el hecho de que los no terroristas también eran capaces de cometer crímenes, Auschwitz, por ejemplo, no había sido obra de terroristas, sino de funcionarios, quedaba descartado que la mujer de Von Lambert hubiera sido asesinada por eso, el jefe del servicio secreto también le ocultaba lo esencial, ella le había hecho el juego y ya no podía dar marcha atrás, pero había sido una imprudencia por su parte confiarse a él, su cámara, que por lo demás se asombraría de que el jefe del servicio secreto dejase partir a su equipo, que le deseara la suerte que él le deseaba a ella, dijo por último y, después de abrazarla, se fue sin haber tocado el whisky, cosa que jamás había hecho, y la F. tuvo de pronto la impresión de que no volvería a verlo más, pensó de nuevo en el taller, ahora estaba segura de que los pasos que oyó a su espalda habían sido pasos de mujer, se acabó, furiosa, el vaso de whisky, siguió haciendo su equipaje, cerró la maleta y con el abrigo rojo sobre su traje tejano fue conducida a través de la salida posterior del hotel por un botones que no tenía aspecto de tal y le llevó la maleta hasta un Land Rover donde la esperaban dos hombres con chilaba, que primero la sacaron fuera de la ciudad por la carretera nacional para llevarla luego por un camino polvoriento y un desfiladero extrañísimo, según pudo distinguir en la noche sin luna, bordeando superficies nevadas y laderas cubiertas de rocalla, bajando y subiendo hondonadas, hacia la región montañosa, hasta un muro que se vislumbraba difusamente en las primeras luces del alba y que, cuando bajaron del Land Rover, resultó ser un edificio de dos pisos corroído por la intemperie, con la inscripción GRAND HOTEL MARÉCHAL LYAUTEY sobre la puerta de entrada, que se abría y cerraba todo el rato a impulsos del viento gélido, y en el que uno de los hombres —dado que en la planta baja, escasamente iluminada por una bombilla, nadie respondió a sus llamadas— le asignó una habitación en el primer piso, abriendo sin más ni más una puerta, empujando dentro a la F. y depositando su maleta en el parque, tras lo cual ella, desconcertada por la rudeza con que la había tratado, lo oyó bajar ruidosamente la escalera y al poco rato oyó el Land Rover que se alejaba, era evidente que de vuelta a M., miró a su alrededor con desconfianza, del techo también pendía una bombilla, en el baño no funcionaba la ducha, el papel pintado colgaba a jirones de la pared y todo el mobiliario lo integraban una silla tambaleante y una cama de campaña, sin duda recién hecha, y la puerta de entrada siguió golpeando abajo y ella la oyó golpear hasta que se quedó dormida.

Era ya mediodía cuando se despertó, tal vez porque la puerta ya no golpeaba, y desde la ventana, tan sucia que la luz del día apenas se filtraba por ella, vio un terreno pedregoso, enteramente cubierto de matorrales y surcado por quebradas, detrás del cual se erguía bruscamente la cresta de una abrupta montaña, en cuyas grietas y pendientes heladas se había enredado una nube que ocultaba la cumbre y parecía arder a la luz del sol, una región desolada que le hizo preguntarse para qué habría servido y serviría ahora el hotel al que la habían llevado y que evidentemente ya no era tal, mientras bajaba por una escalera de madera, envuelta en el abrigo de piel rojo, pues hacía muchísimo frío; abajo no encontró a nadie, dio una voz en el vestíbulo, que era más bien un cuarto deslucido, y nadie, tampoco en la cocina había nadie, hasta que de un cuarto adyacente salió de pronto una vieja arrastrando los pies y se detuvo en la puerta que daba al vestíbulo, desde donde miró, atónita, a la F. para decirle finalmente en francés «su abrigo, su abrigo», temblando mientras señalaba el abrigo de piel rojo, «su abrigo», repitió balbuceante, tan visiblemente turbada que, cuando la F. se le acercó, retrocedió hasta el cuarto de al lado, que en otros tiempos debió de haber sido el comedor, y, de espaldas a la pared, atrincherada entre la mesa y unas cuantas sillas viejas, aguardó temerosa a la F., que, sin embargo, para tranquilizar a la anciana, no hizo más gestos de querer acercársele, sino que se paró en medio de la desolada habitación, cuyo único ornamento era el gran retrato enmarcado de un general francés, bastante amarillento, a todas luces el mariscal Lyautey, y preguntó en francés si podía desayunar, a lo que la vieja respondió asintiendo vivamente con la cabeza, se acercó a la F., la cogió de la mano y la condujo a una terraza en la que, pegada a la pared de la casa, bajo un toldo desgarrado que alguna vez debió de ser de color naranja, había una mesa de madera ya puesta, también el desayuno estaba listo, pues la vieja lo sirvió en cuanto la F. tomó asiento, y si desde su habitación solo había podido ver un laberinto de quebradas, arbustos y rocas con la cresta incandescente al fondo, la F. vio ahora una colina de pendiente suave y todavía verde a la cual se adosaban otras colinas cada vez más bajas, que se iban solapando unas a otras, hasta que a lo lejos divisó un resplandor amarillento, un gran desierto de arena, y en el límite de lo visible creyó columbrar algo negro, las ruinas de Al-Hakim, soplaban un viento fresco, la F. se alegró de poder arrebujarse en el abrigo rojo que la vieja no paraba de mirar y hasta acarició tímidamente con la mano, casi con ternura, sentada junto a la visitante, como si debiera vigilarla, pero se estremeció cuando esta le preguntó a bocajarro si había conocido a Tina von Lambert, una pregunta que pareció confundir de nuevo a la vieja, pues empezó a balbucear «Tina, Tina, Tina» señalando el abrigo, luego preguntó si la F. era una amiga, y al oír la respuesta afirmativa le contó, en unas cuantas frases entrecortadas por la emoción y hasta donde la F. pudo entenderla, que Tina había llegado allí sola en un coche alquilado, y repitió el «sola» varias veces, también balbuceó algo incomprensible sobre el coche alquilado, había reservado una habitación por tres meses y se dedicó a recorrer toda la zona, llegando hasta el gran desierto de arena e incluso hasta la piedra negra, dijo refiriéndose evidentemente a las ruinas, y un buen día ya no regresó, pero ella, la vieja, sabía..., aunque lo que la vieja sabía resultó incomprensible por más que la F. se esforzara por captar el sentido de esas frases que, una vez iniciadas, se interrumpían y repetían una y otra vez, de pronto la vieja enmudeció, sintió desconfianza, volvió a mirar fijamente el abrigo de piel rojo, y la F., que había acabado su desayuno, intuyó que deseaba preguntarle algo pero no se atrevía, por lo que ella, en tono decidido, aunque no sin brusquedad, le dijo que Tina no regresaría, que había muerto, una noticia que al principio la vieja recibió con indiferencia, como si no la hubiera comprendido, pero que de pronto la hizo sonreír con sorna, para sus adentros, por desesperación, como la F. fue entendiendo poco a poco, y cogiendo entonces a la anciana por el hombro y zarandeándola, le pidió que la llevara a la habitación que Tina había alquilado, a lo que la vieja murmuró algo que, como seguía riéndose, sonó a «último piso», para luego, mientras la F. subía la

escalera, estallar en sollozos de los que la F. ya no se preocupó, pues en el segundo piso acababa de dar con una habitación que quizás había sido la de Tina von Lambert, una habitación mejor que aquella en la que había dormido, decorada con los signos exteriores de un confort que se avenía mal con el hotel y que sorprendió a la F. cuando miró a su alrededor: una gran cama con una vieja colcha respunteada de color indefinible, una chimenea que evidentemente nunca había sido usada, sobre ella algunos tomos de Julio Verne y, más arriba, otro retrato amarillento del mariscal Lyautey, una cómoda-escritorio vieja, un cuarto de baño con los azulejos aún parcialmente intactos y manchas de óxido en la bañera, cortinas de terciopelo raído y un balcón con vistas al lejano desierto de arena, y cuando se asomó a él, vio desaparecer algo tras un pequeño muro a unos cien metros de distancia en dirección al desierto, esperó un rato y la cosa reapareció, era la cabeza de un hombre que la estaba observando con unos prismáticos, lo cual le trajo a la memoria la frase «me observan», que Tina había subrayado dos veces, y cuando entró de nuevo en la habitación ya estaba ahí la vieja con la maleta, el albornoz y el bolso de la F., como si fuera algo natural, también había traído sábanas, visto lo cual la F. preguntó, irritada, si podía telefonar, la vieja le señaló la planta baja, donde, en un oscuro pasillo junto a la cocina, encontró el teléfono y decidió firmemente llamar al lógico D., convencida de que no conseguiría comunicarse, pero dispuesta a intentar lo imposible, levantó el auricular de la horquilla del viejo aparato, estaba mudo, podía tratarse de una medida de precaución del jefe del servicio secreto, él la había hecho llevar allí, donde también había estado Tina von Lambert, aunque de pronto desconfió de sus motivaciones, sobre todo porque no lograba imaginar qué podía haber inducido a Tina a dar vueltas por el desierto en un coche, como había contado la vieja, y tras sentarse primero en el suelo ante la puerta del balcón abierta, y echándose luego en la cama con la mirada fija en el techo, intentó reconstruir la historia de Tina von Lambert, una vez más partió del único punto de partida seguro, el diario de Tina, y trató de barajar todas las posibilidades para llegar al indiscutible final, el cadáver de Tina destrozado por los chacales junto a las ruinas de Al-Hakim, aunque en ningún momento sacó una hipótesis concluyente, el abandono de la casa «sin más ni más», como dijera textualmente Von Lambert, había sido una fuga, pero a ese país no había llegado como fugitiva, sino con un objetivo muy preciso, había actuado como hubiera actuado una periodista que estuviese rastreando un secreto, pero Tina no era periodista, cabría pensar en una historia de amor, mas nada hacía pensar en una historia de amor, y sin haber hallado solución alguna, la F. salió de la casa al cabo de un rato, la nube en la cresta de la montaña había aumentado de volumen y se iba acercando, la F. volvió a recorrer el camino por el que había ido al hotel, llegó a una meseta pedregosa donde el camino se bifurcaba, eligió uno de los senderos que media hora después volvió a bifurcarse, regresó, se detuvo largo rato frente a la casona solitaria que se alzaba allí absurdamente, con la puerta de entrada que otra vez golpeaba al abrirse y cerrarse, encima de ella el letrero GRAND HOTEL MARÉCHAL LYAUTEY, y, sobre este, el rectángulo negro de una ventana, la única en toda esa pared que en algún momento debió de haber sido blanca y ahora presentaba todos los matices del gris combinados con todos los colores del espectro, de tal modo que parecía que hacía un montón de tiempo la hubiesen vomitado unos gigantes, y mientras estaba allí contemplando la casa y la ventana tras la cual había dormido, al igual que horas antes, en realidad desde que salió a pasear, supo y había sabido que la estaban observando aunque no viera a nadie que la observase, y cuando el globo del sol se ocultó en el desierto de arena tan rápidamente como si cayera, y llegó el crepúsculo, en el que ya solo la imponente cortina de nubes parecía una masa de arena ardiente en sus capas más altas, y ella entró en la casa, la mesa ya estaba puesta en el comedor bajo el retrato del mariscal, y la comida servida, en una fuente carne de oveja con una salsa roja, pan blanco y vino tinto, la vieja había desaparecido, la F. comió poco, bebió vino, luego se dirigió a la habitación donde también había vivido Tina von Lambert y salió al balcón, pues mientras comía le había parecido oír unos truenos lejanos, la cortina de nubes debía de haberse alejado de nuevo, ante ella y encima de su cabeza aún ardían las estrellas invernales, pero a lo lejos, en el horizonte, vio un resplandor muy intenso y un relampagueo, era una especie de tormenta que a la vez no lo era, y por encima de todo se cernía aquel tronar remoto e indefinible, y una vez más tuvo la sensación de ser observada desde la oscuridad que subía hasta ella, y cuando estuvo en la habitación, envuelta ya en el albornoz con el que también dormía, mientras miraba estremecida la bañera herrumbrosa, oyó que un coche se acercaba y pasaba de largo, sin detenerse, y que al poco rato otro se detenía, luego

oyó una voz llamando, alguien debía de haber entrado en el hotel, volvió a llamar, preguntando si había alguien en casa, subió al primer piso, exclamó «hola, hola», y cuando la F. bajó con el abrigo rojo puesto sobre el albornoz, se encontró con un joven de pelo rubio pajizo que se disponía a subir hacia donde ella estaba, vestía pantalones de pana azul, zapatillas de deporte y una chaqueta acolchada, la miró con sus ojos azules muy abiertos, y balbuceó un «Gracias a Dios, gracias a Dios», y al preguntarle ella qué había que agradecer a Dios, él se precipitó escaleras arriba, la abrazó y exclamó que el hecho de que estuviera viva, él se lo había dicho al jefe y le había apostado a que aún estaba viva y así había sido, y diciendo esto volvió a precipitarse escaleras abajo, y cuando la F., que lo siguió, llegó al vestíbulo, vio al rubio pajizo ocupado en meter maletas, lo que le hizo pensar que podía tratarse del cámara que le habían prometido y se lo preguntó, a lo que él respondió «lo has adivinado» y sacó la cámara del coche, un microbús VW como la F. pudo apreciar a través de la puerta abierta, frente a la que estaba aparcado el vehículo, luego, mientras manipulaba la cámara, le dijo que también podía usarla de noche, tenía una óptica especial, que los informes de ella eran fantásticos, observación esta que la sorprendió y la animó a preguntarle si no quería presentarse, a lo que él se ruborizó y balbuceó que su nombre era Björn Olsen y que podía hablar tranquilamente danés con él, lo cual le recordó al enano sonriente que, de pie contra la pared, había fumado un cigarrillo, lo había apagado pisándolo y se había derrumbado luego, y respondió que no sabía danés, que debía de confundirla con otra persona, lo que estuvo a punto de hacer que él soltara la cámara, y entre gritos y pataleos exclamó entonces que no, que eso no podía ser cierto, ella también llevaba un abrigo de piel rojo, y volvió a llevarse la cámara y las maletas al microbús, se subió y partió, pero no de vuelta a M., sino en dirección a la montaña, y cuando ella subía a su habitación, una explosión estremeció de pronto la casa, aunque todo se calmó de nuevo cuando se asomó al balcón, el relampagueo y la luz intensa en el desierto lejano también se habían apagado, solo las estrellas ardían tan amenazadoramente que la F. regresó a su habitación y corrió las cortinas de terciopelo raído, y al hacerlo su mirada recayó en la cómoda-escritorio, que estaba abierta y vacía, y solo entonces advirtió una papelera junto a la cómoda y dentro de ella una hojita de papel hecha una bola, que abrió y alisó con la mano, y en una letra desconocida para ella vio algo escrito, evidentemente una cita, pues se hallaba entre comillas, pero como era un idioma nórdico no lo entendía, su testarudez, sin embargo, la llevó a sentarse a la cómoda-escritorio y, después de abrirla, intentó traducir el texto, claro está que palabras como *edderkop*, o *tomt rum*, o *fodfaeste* le dieron mucho trabajo, era ya medianoche cuando creyó haber descifrado la cita: «¿Qué cosa vendrá? ¿Qué traerán los tiempos desconocidos (*fremtiden*)? No lo sé ni logro intuir nada. Cuando una araña (*edderkop?*) se precipita desde un punto fijo hacia sus consecuencias, ve siempre ante sí un espacio vacío (*tomt rum?*) en el que no puede apoyar las patas (*fodfaeste?*), por más que patalee. A mí me ocurre lo mismo, frente a mí hay siempre un espacio vacío (*tomt rum?*), lo que me impulsa adelante es una consecuencia que está detrás (*bag*) de mí. Esta vida es absurda (*bagvendt?*) y enigmática (*raedsomt?*), intolerable».

Cuando, a la mañana siguiente, bajó muy temprano envuelta en el abrigo rojo, decidida a ir a la montaña después del desayuno, porque la explosión tras la partida del danés no la dejaba tranquila, y la cita, que quizás era un mensaje cifrado, aumentaba su desasosiego, el jefe del servicio secreto estaba sentado a la mesa de madera en la terraza, desayunando, totalmente vestido de blanco y con un fular negro al cuello, en vez de las gafas sin montura llevaba unas gafas de sol de montura compacta, se levantó, invitó a la F. a tomar asiento a su lado, le sirvió café y le ofreció cruasanes, que había traído para ella de la zona europea de M., lamentó las incomodidades e insuficiencias de su alojamiento y, no bien ella hubo desayunado, le enseñó un periódico sensacionalista en cuya primera plana aparecía una foto de Tina von Lambert, radiante en los brazos de su radiante esposo, y debajo se leía: sensacional retorno de una sensacional enterrada, a consecuencia de una depresión, la esposa del conocido psiquiatra había permanecido oculta en el taller de un pintor fallecido, le habían robado su pasaporte y su abrigo de piel rojo, lo que evidentemente había hecho que la confundieran con la mujer asesinada en las ruinas de Al-Hakim, de suerte que ahora no solo se hallaban frente al misterio de quién era el asesino, sino también de quién era la asesinada, al leer aquello la F., pálida de indignación, tiró sobre la mesa el periódico sensacionalista, algo no cuadraba en esa historia, todo era excesivamente trivial, y se sintió tan ridícula y embarcada en una aventura tan absurda que estuvo a punto de echarse a llorar, pero la férrea calma del jefe del servicio secreto la obligó a dominarse, tanto más cuanto que este le explicó que lo que no cuadraba en la historia era el robo, Tina había sido amiga de una periodista danesa, Jytte Sørensen, a quien le había entregado su pasaporte y su abrigo de piel rojo, solo así pudo la danesa entrar en ese país, información esta que dejó pensativa a la F., mientras él le ofrecía otra taza de café, ella le preguntó de dónde sabía todo aquello, y él respondió que había interrogado a la periodista danesa, quien había admitido todo, y a la pregunta de por qué la habían asesinado, él respondió, al tiempo que echaba vaho en sus gafas y las limpiaba, que eso sí que no lo sabía, Jytte Sørensen había sido una personalidad muy enérgica y en muchos aspectos le recordaba a la F., él no había logrado descubrir qué se proponía con esa maniobra delusoria, como el jefe de la policía se había dejado engañar, él, por su parte, no había visto razón alguna para intervenir y la había dejado circular con su pasaporte falso y su abrigo de piel rojo, por eso sentía también muchísimo que hubiera hallado un final tan horrible, si ella lo hubiera puesto al corriente, las cosas no habrían llegado tan lejos, seguro que ella, la F., también había leído la cita en el papel arrugado de la papelería, era de Kierkegaard, *O lo uno o lo otro*, lo había consultado con un especialista, inicialmente pensó en un mensaje cifrado, pero ahora estaba convencido de que se trataba de un grito de auxilio, hasta allí había podido vigilar a la intrépida danesa, pero luego había perdido su rastro, esperaba que el joven aquel, que tenía aspecto de héroe germánico, tuviera más suerte que su compatriota —si el término era correcto—, al parecer ambos habían entrado en el país por encargo de un canal de televisión privado danés conocido por sus reportajes sensacionalistas, y si ahora ella, la F., se iba a la montaña y quizás incluso al desierto con su abrigo de piel rojo y en el papel de alguien que no era quien ella creyó en un principio, él ya no podría ayudarla, el equipo que él había tratado de reunir se había negado a trabajar con ella, y en cuanto al equipo de la F., lamentablemente le había sido imposible dejarlo salir del país, por desgracia, ella había hablado pese a su advertencia, ese hotel miserable era el último punto todavía controlable de algún modo, lo que seguía era tierra de nadie, aún no delimitada según el derecho internacional, pero él estaba dispuesto a acompañarla de vuelta con mucho gusto, a lo que la F. dijo, después de haberle pedido un cigarrillo y fuego, que pese a todo seguiría.

Cuando salió del hotel en su abrigo de piel rojo, no había ningún indicio de que el jefe del servicio secreto la hubiera visitado, de la vieja tampoco quedaba el menor rastro, el hotel parecía vacío, la puerta de entrada bajo el letrero GRAND HÔTEL MARÉCHAL LYAUTEY seguía golpeando al abrirse y cerrarse, y ella, con su bolso en bandolera y su maleta en la mano, tuvo la impresión de hallarse en una vieja película irreal al enfilar, por el desierto desolado, el camino que el joven danés debió de haber seguido, sin saber adónde conducía la carretera por la cual, contra toda lógica, echó a andar absurda y obstinadamente en dirección a la montaña, de cuyos flancos aún pendía la nube, y pensó en su conversación con el lógico D., en cómo entonces se había hecho una idea de Tina von Lambert por la única razón de llevar a cabo algo, de no estar inactiva, de pasar a la acción, en cómo ahora esa idea había resultado ser un producto de la fantasía, en cómo detrás de ella había aflorado una trivial historia conyugal y quedaba al descubierto el destino de una mujer totalmente distinta, cuya existencia ella ignoraba por completo, pero cuyo abrigo de piel rojo llevaba puesto, un abrigo que, por otro lado, era el mismo que había usado Tina von Lambert, y se sintió transformada en esa otra mujer, en esa periodista danesa, Jytte Sørensen, quizás sobre todo por la cita de Kierkegaard, también ella se sentía indefensa como una araña que se precipita al espacio vacío, y aquel camino que ahora estaba recorriendo, polvoriento, pedregoso, expuesto a un sol despiadado que había desgarrado hacía rato la cortina de nubes que ardía debajo de él, aquel camino que serpenteaba a lo largo de las pendientes y se abría paso por entre roquedales de extrañas formas, era una consecuencia de toda su vida, ella siempre había actuado espontáneamente, cuando Otto von Lambert la invitó a que lo visitara con su equipo fue la primera vez que titubeó, y, sin embargo, fue a verlo y aceptó su encargo, y ahora recorría aquel camino contra su voluntad, sin poder evitarlo, maleta en mano, como una autoestopista en una carretera por la que no pasaran coches, hasta que de pronto se encontró frente al cadáver desnudo de Björn Olsen, tan de repente que uno de sus pies chocó con él, ahí estaba ante ella, aún parecía reír como cuando lo vio por primera vez al pie de la escalera, tan cubierto de polvo blanco por todas partes que más parecía una estatua que un cadáver, los pantalones de pana, las zapatillas de deporte y la chaqueta acolchada yacían entre el material que llevaba consigo, las cajas de lata redondas, en su mayoría destrozadas, forzadas, de las que salían los rollos de película como intestinos negros, y detrás de aquel caos el microbús VW hecho trizas, un grotesco revoltijo de lata y acero, un amasijo de cristales, ruedas y piezas de recambio retorcidas, una visión que la dejó de piedra, el cadáver, los rollos de película, las maletas destrozadas y esparcidas alrededor, las prendas de vestir, los calzoncillos que ondeaban como una bandera en una antena doblada —solo poco a poco fue percibiendo detalles—, los restos del microbús, fragmentos del volante al que aún se aferraba una de las manos del danés, separada del brazo, vio todo aquello ahí, de pie ante el cadáver, pero lo que veía le parecía irreal, algo la perturbaba, volvía irreal la realidad, un ruido que percibió de golpe, pero que ya estaba cuando tropezó con el muerto, y al mirar en la dirección de la que provenía aquel ruido, un leve zumbido, vio a un hombre alto, delgado, desmañado, con un traje de lino blanco y sucio, que la estaba filmando, le hizo una seña y la siguió filmando, luego se le acercó renqueando con su cámara, pasó con cierta dificultad por encima del muerto, al que filmó como si lo estuviera viendo desde el punto de vista de ella, y le dijo que dejara de una vez por todas en el suelo su ridícula maleta, cojeó hacia un lado, volvió a enfocarla con la cámara y la siguió un trecho, hasta que ella retrocedió y le preguntó en tono brusco, pues tenía la impresión de que el hombre estaba borracho, qué deseaba y quién era, entonces él bajó la cámara, que le llamaban Polifemo, dijo, su otro nombre lo había olvidado hacía tiempo, y además tampoco tenía importancia, el hecho de que no se hubiera presentado cuando el servicio secreto buscaba un equipo de filmación para ella era comprensible dada la situación política del país, trabajar para ella, la F., era excesivamente

arriesgado, lo que la policía sabía lo sabía también el servicio secreto, y lo que este sabía lo sabía también el ejército, mantener algo en secreto era imposible, él había preferido seguirla a escondidas, sabía lo que ella andaba buscando, el jefe del servicio secreto se lo había contado a todos los cámaras, que en ese país abundaban, ella quería encontrar al asesino de la danesa y, de ser posible, probar su culpabilidad, para lo cual se había puesto el abrigo de piel rojo de la periodista, que encontraba todo aquello fantástico, añadió, más tarde le mostraría las películas que había filmado de ella, la F., no solo desde que llegara al Grand Hôtel Maréchal Lyautey, como se llamaba aquel montón de piedras ruinosas, no, antes ya, cuando encontró y compró el abrigo de piel rojo en la tienda de aquel ciego de la ciudad antigua, también había filmado esa escena, y seguro que otros también la habían filmado, no era el único interesado en su expedición, incluso en ese momento la estaban observando de todas partes con teleobjetivos que atravesaban hasta la niebla, como una catarata se precipitaron estas explicaciones de la boca de aquel hombrón desmañado, de esa caverna con dientes picados rodeada de cañones de barba blanca, de una cara descarnada y surcada de arrugas, con dos ojillos ardientes, del rostro de un cojo vestido con un traje de lino sucio y lleno de grasa que, abriendo las piernas por encima del cadáver, filmaba una y otra vez a la F. con una cámara de vídeo, y al preguntarle ella qué deseaba realmente, él respondió que un trueque, y a la pregunta de qué entendía por trueque, él replicó que siempre había admirado sus retratos fílmicos y que su mayor deseo era hacerle un retrato, también había filmado a la danesa, a la Sörensen, y como ella estaba interesada en el destino de la periodista, a cambio del retrato que pensaba hacerle a ella, la F., le ofrecía las películas que había hecho de la danesa, él sabía transformar los videocasetes en películas convencionales, prosiguió, la Sörensen había seguido la pista de un misterio, y a ella, la F., se le ofrecía la oportunidad de retomar esa pista, él estaba dispuesto a inspeccionar con ella una zona del desierto en la que había ido a recalar la Sörensen, ninguno de los que la estaban observando se había atrevido a llegar hasta allí, pero ella podía confiar en él, que en ciertos círculos pasaba por ser el cámara más intrépido, aunque los círculos donde lo conocían no se podían nombrar y sus películas tampoco pudieran exhibirse, por razones políticas y económicas que no deseaba explicar en presencia del cadáver del joven danés, por piedad, pues este también había sido víctima de esas razones.



Sin aguardar respuesta, volvió renqueando al microbús, lo que corroboró la impresión de la F. de que estaba borracho, y cuando desapareció detrás del vehículo, ella supo que, una vez más, estaba a punto de cometer un error, pero si quería arrojar alguna luz sobre el destino de la danesa tenía que confiar en ese hombre que decía llamarse Polifemo, aunque no fuera muy fiable, y al que por lo visto observaban tanto como a ella, quizás ella solo fuera observada porque a él lo observaban, tuvo la sensación de ser una pieza de ajedrez a la que empujaban de un lado para otro, muy contra su voluntad saltó por encima del muerto y, bordeando los restos del microbús, llegó a un vehículo todoterreno, colocó su maleta en la plataforma y tomó asiento junto al hombre, que ahora apestaba claramente a whisky y le aconsejó abrocharse el cinturón de seguridad, no sin motivo, pues el viaje que iniciaron fue infernal, levantando nubes de polvo partieron montaña abajo en dirección a la ardiente cortina de nubes, avanzaron bordeando la cresta, a veces tan al filo de la carretera que bajo ellos oían rodar ruidosamente piedras al abismo, más tarde continuaron por curvas en herradura aún más empinadas y que el borracho ignoraba a ratos, haciendo descender directamente el pesado vehículo mientras la F., bien sujeta por el cinturón de seguridad al respaldo de su asiento, las piernas apoyadas con firmeza en el suelo del todoterreno, apenas si percibía la cresta montañosa por la que volaban hacia abajo y el herbazal hacia el cual se dirigían y por el que no tardaron en rodar rumbo al desierto, ahuyentando chacales, conejos, serpientes que se desvanecían como flechas y otros animales, de allí se internaron en el desierto de piedra, envueltos durante horas en una negra nube de graznidos, según le pareció, para luego, cuando los pájaros quedaron atrás, sumergirse en una deslumbrante luz solar hasta que el todoterreno, levantando un remolino de polvo, se detuvo bruscamente frente a una escombrera más bien aplanada, en medio de una llanura que parecía un paisaje marciano, impresión provocada quizás por la luz que irradiaba, ya que de hecho estaba recubierta de una extraña materia mitad metálico-herrumbrosa y mitad rocosa, en la que se veían, como incrustadas en ella, gigantescas formas metálicas arqueadas, astillas y púas de acero informes, que la F. aún alcanzó a ver cuando se asentó la nube de polvo, pues el vehículo se hundió enseguida en la tierra y sobre ellos se cerró un techo corredizo, se hallaban, pues, en un garaje subterráneo, y a la pregunta de dónde estaban, él respondió algo incomprensible, una puerta de hierro se levantó y el hombre la precedió renqueando por una serie de salas con aspecto ora de taller, ora de sótano, ante puertas que se deslizaban hacia arriba, las paredes repletas de pequeñas fotos, como si muchos rollos revelados hubieran sido absurdamente recortados en fotogramas, entre un caos terrible de libros de fotos apilados, sobre las mesas y sillas se veían primeros planos de carros de combate bombardeados y más pilas de papeles garrapateados, montañas de rollos cinematográficos, estanterías de las que colgaban recortes de películas, también cestos llenos de restos de rollos, luego un laboratorio fotográfico, cajas repletas de diapositivas, una sala de proyección, un pasillo a través del cual, sin dejar de renquear y tambalearse de lo borracho que estaba, el hombre la condujo a una habitación sin ventanas, cuyas paredes se hallaban tapizadas de fotos, con una cama *Jugendstil* y una mesita también modernista, una habitación grotesca a la que se sumaban un retrete y un cuartito para la ducha, el apartamento de huéspedes, según dijo él con dificultad y tropezando contra la pared del pasillo, y dejó sola a la F., quien, malhumorada, se metió en la celda, pero cuando al poco rato se volvió, la puerta se había cerrado.

Solo gradualmente se fue dando cuenta del miedo que se había apoderado de ella desde que estaba en esa instalación subterránea, una toma de conciencia que la indujo a hacer lo más sensato en vez de lo más insensato, renunciar a abrir la puerta que no quería abrirse, ignorar su miedo, tumbarse en la cama *Jugendstil* y pensar quién podía ser Polifemo, jamás había oído hablar de un cámara con ese apodo, también era un misterio para qué podría servir aquella instalación, debió de haber costado una suma enorme, pero a quién, y qué significaban esas gigantescas escombreras en torno a la instalación, qué estaba ocurriendo allí y a qué venía esa extraña propuesta de intercambiar su retrato por el de Jytte Sörensen, unas preguntas con las que se quedó dormida, y cuando se despertó de golpe, tuvo la impresión de que las paredes habían temblado y su cama se había balanceado, cosa que debió de haber soñado, involuntariamente empezó a mirar las fotos y su horror fue en aumento, pues representaban a Björn Olsen volando por los aires, debían de haber sido hechas con una cámara de una precisión técnica inimaginable para ella, en la primera fotografía se veía solo la silueta del microbús VW, en la siguiente, donde cabía suponer que estaba la caja de cambios aparecía una bolita blanca que se iba ampliando en las fotos siguientes, en el curso de la serie el microbús parecía volverse transparente y deformarse al mismo tiempo, antes de volar en pedazos, también se veía a Olsen lanzado fuera de su asiento, las diversas secuencias producían un efecto tanto más espectral cuanto que el danés, arrojado por los aires desde su asiento, parecía silbar satisfecho mientras su mano derecha, aferrada al volante, se desprendía del brazo, entonces ella, horrorizada por esas fotos atroces, saltó de la cama y se acercó de forma instintiva a la puerta que, para gran asombro suyo, se abrió, feliz de estar fuera de esa habitación, que le parecía la celda de una cárcel, salió al pasillo, que estaba vacío, y se detuvo sospechando una trampa, en algún punto alguien martilleaba contra una puerta de hierro, ella siguió el ruido, las puertas se deslizaban hacia arriba cuando se acercaba a ellas, avanzó por las salas que ya había visto, prosiguió vacilante, siempre nuevos pasillos, lugares para dormir, salas dotadas de medios técnicos con aparatos que ella desconocía, las instalaciones debieron de construirse para mucha gente, dónde estarían, a cada paso se sentía más amenazada, sin duda había sido una artimaña dejarla sola, estaba segura de que Polifemo la observaba, se fue acercando cada vez más al martilleo, lo oyó muy cerca, luego más lejos, de pronto, al final de un pasillo se encontró ante una puerta de hierro con una cerradura en la que había una llave puesta, contra esa puerta estaban martilleando, y a veces parecía como si, desde dentro, alguien se lanzara contra ella con los hombros, se disponía ya a girar la llave cuando se le ocurrió pensar que era Polifemo el que se hallaba tras la puerta de hierro, estaba borracho y su despedida había sido extraña, algo debió de pasarse por la cabeza, la había mirado fijamente y luego ya no, como si ella no existiese, también podía haberse encerrado él mismo por descuido bloqueando la cerradura, o bien un tercero podía haberlo encerrado, la instalación era gigantesca, quizás no estuviera tan deshabitada como parecía, y por qué se abrirían de pronto todas las puertas de manera automática, persistían el ruido y el martilleo, gritó «Polifemo, Polifemo», tan solo martilleo y ruido por respuesta, aunque quizás fuera imposible oír algo tras una puerta de hierro, quizás todo aquello no fuera ninguna artimaña, quizás no la observaban, quizás estaba libre, echó a correr hacia su celda, no la encontró, corrió en direcciones equivocadas, se metió en una celda que de entrada tomó por la suya, pero que no lo era, hasta que por último la encontró, se colgó su bolso en bandolera, volvió a precipitarse por las salas subterráneas, aún podía oír el martilleo y los ruidos, por último dio con la puerta del garaje, que se abrió deslizándose a un lado, el todoterreno estaba listo, se subió al asiento del conductor, estudió el tablero de mandos, junto a los mandos habituales encontró dos botones con dos flechas, una hacia arriba, otra hacia abajo, pulsó el botón cuya flecha señalaba hacia arriba, el techo se abrió, el vehículo fue impulsado hacia lo alto y de pronto ella se encontró al aire libre, sobre su cabeza el

cielo, y en él escombros que volaban como puntas de lanza, largas sombras proyectadas por un foco de luz muy potente que se apagó, con una sacudida la tierra se echó hacia atrás, la franja de luz roja en el horizonte empezó a cerrarse, se hallaba en la garganta de un monstruo gigantesco que estaba cerrando sus fauces, y cuando asistió a la caída de la noche, a la metamorfosis de la luz en sombra y de la sombra en tinieblas, en las que de pronto surgieron las estrellas, la certeza de que la libertad era la trampa en la que debía caer se abrió paso en ella, dejó que el todoterreno volviera a deslizarse hacia abajo, el techo se cerró de nuevo sobre su cabeza, el martilleo y los ruidos dejaron de oírse, volvió deprisa a su celda y, cuando se tumbó en la cama, sintió que algo se acercaba aullando, un impacto, un estallido, lejanos y a la vez muy próximos, un temblor, la cama y la mesa dieron una sacudida, ella cerró los ojos, no supo por cuánto tiempo ni tampoco si llegó a desmayarse o no, le era indiferente, y cuando volvió a abrirlos, Polifemo estaba ante ella.

Le puso la maleta junto a la cama, estaba sobrio y recién afeitado, vestía un impecable traje blanco y una camisa negra, eran las diez y media, llevaba largo rato buscándola, aquel no era su apartamento, debió de haberse equivocado la noche anterior, por lo visto el terremoto la había asustado, la esperaba para desayunar, y salió renqueando, la puerta se cerró tras él, ella se levantó, la cama era un diván, las fotos de las paredes ilustraban en varias etapas la explosión de un carro de combate, atrapado en la torreta blindada, un hombre ardía, se carbonizaba, clavaba los ojos en el cielo retorciéndose, ella abrió la maleta, se desvistió, se duchó, se puso un traje tejano limpio, abrió la puerta, otra vez el martilleo y los ruidos, luego silencio, se perdió caminando, luego vio salas que recordaba, en una de ellas una mesa de la que habían apartado fotos y papeles, pan sobre una tabla, *corned beef* cortado en lonchas, té, una jarrita de agua, una lata, vasos de agua, Polifemo entró cojeando desde un pasillo con un plato de hojalata vacío en la mano, como si hubiera dado de comer a un animal, apartó de una silla los libros de fotos, luego de otra, ella se sentó, él cortó el pan en rebanadas con una navaja de bolsillo, que se sirviera, ella se sirvió té, cogió una rebanada de pan, *corned beef*, de pronto sintió que tenía hambre, él vertió un polvo blanco en un vaso, le echó agua, por la mañana solo bebía leche en polvo con agua, que lo excusara, el día anterior había estado borracho, bebía mucho últimamente, horrible aquella leche, no había sido un terremoto, dijo ella, no, terremoto no, respondió él, sirviéndose más agua, ya iba siendo hora de que le explicara en qué historia se había metido sin quererlo, porque evidentemente ignoraba lo que de verdad estaba ocurriendo en el país, prosiguió con cierto tono burlón, de superioridad, parecía un hombre del todo distinto de aquel que había conocido junto al microbús VW destrozado, que ella estaba al tanto de la lucha por el poder entre el jefe de la policía y el jefe del servicio secreto, dijo, naturalmente el primero estaba preparando un golpe de Estado y el segundo trataba de impedirlo, pero aún había otros intereses en juego, el país al que ella había acudido de forma más que imprudente, según él, no solo vivía del turismo y de la exportación de materias vegetales para trabajos de tapicería, la principal fuente de ingresos era una guerra entre el país y el Estado vecino por un territorio en el gran desierto de arena, donde no vivía nadie excepto unos cuantos beduinos piojosos y algunas pulgas del desierto, donde ni siquiera el turismo se había aventurado, una guerra que duraba hacía ya diez años y de un tiempo a esta parte solo servía para probar los productos de todos los países exportadores de armas, no solo carros de combate franceses, alemanes, ingleses, italianos, suecos, israelíes y suizos luchaban contra carros de combate rusos y checos, sino también rusos contra rusos, norteamericanos contra norteamericanos, alemanes contra alemanes, suizos contra suizos, en todos los rincones del desierto había campos de batalla con vehículos de combate abandonados, la guerra siempre andaba en busca de escenarios nuevos, y con razón, pues solo la exportación de armas mantenía la coyuntura de algún modo estable, siempre que las armas fueran competitivas, continuamente estallaban guerras reales, como la de Irán contra Irak, por ejemplo, no necesitaba enumerar otras, en esos casos ya era demasiado tarde para probar armas, por eso la industria armamentista se preocupaba de manera tan intensa por esa insignificante guerra local que había perdido su significado político hacía ya tiempo, se trataba de una guerra aparente, los instructores de las naciones industrializadas suministradoras de armas adiestraban principalmente a nativos, bereberes, moros, árabes, judíos, negros, pobres diablos que se veían privilegiados por esa guerra cuando de algún modo lograban salvar el pellejo, pero ahora la inquietud era mayor en el país, los fundamentalistas veían en esa guerra una marranada occidental, lo cual era cierto, si se contaba también al Pacto de Varsovia, el jefe del servicio secreto intentaba hacer de esa guerra un escándalo internacional, para lo cual el caso Sörensen le venía de maravilla, también el Gobierno quería ponerle fin, quería, pero se iba a encontrar entonces ante un descalabro económico, el jefe del Estado Mayor aún dudaba y los saudíes estaban indecisos, el jefe

de la policía deseaba continuarla —los países productores de armas lo habían sobornado, así como los israelíes e Irán, según se rumoreaba—, e intentaba derrocar al Gobierno apoyado por los cámaras y fotógrafos, normalmente desocupados, que habían acudido allí desde los cuatro puntos cardinales, esa guerra era su pan de cada día, pues su sentido radicaba solo en que podía ser observada, solo así se podían probar las armas y detectar sus debilidades y fallos de fabricación para corregirlos, y en cuanto a él —se rio y se sirvió más leche en polvo y agua, mientras que ella había terminado su desayuno hacía rato—, pues... tendría que retroceder un poco más en el tiempo, cada cual tenía su historia, ella la suya, él la suya, él no sabía cómo había empezado la de ella ni quería saberlo, la suya había empezado un lunes por la tarde en el Bronx de Nueva York, su padre tenía un pequeño estudio fotográfico, fotografiaba matrimonios y a todo el que quisiera retratarse, y un día expuso la foto de un caballero sin saber que no hubiera debido exponerla, eso se lo dijo luego un miembro de la banda con una ametralladora, de suerte que su padre se derrumbó acribillado detrás del mostrador y cayó encima de él, que, sentado en el suelo, estaba haciendo sus tareas escolares, aquel mismo lunes por la tarde a su padre se le había metido entre ceja y ceja darle una educación superior, los padres siempre quieren demasiado para sus hijos, pero él, que al cabo de un rato, y como nadie había vuelto a disparar, salió a rastras de debajo de su padre, al ver la tienda agujereada por las balas comprendió que la verdadera educación consiste en saber ir por el mundo valiéndose del mundo por el que se quiere ir, y provisto de la única cámara fotográfica que no quedó acribillada como su padre, descendió a los bajos fondos, un chiquilín, como quien dice, primero se especializó en carteristas, la policía le pagaba poco por sus instantáneas y solo detenía a unos cuantos, de suerte que nadie reparó en él, pero él ganó en audacia y se decantó hacia quienes practicaban el robo con efracción, parte de su equipo se lo fabricó él mismo y parte lo robó, había vivido con la inteligencia de una rata, para fotografiar efractores había que pensar como los efractores, que son astutos y temen la luz, algunos escaladores de fachadas se habían precipitado a tierra cegados por sus flashes, todavía ahora lo sentía por ellos, pero la policía siguió pagándole miserias y presentarse en los periódicos con las fotos habría alarmado a los bajos fondos, en medio de todo había tenido suerte, nadie llegó a sospechar que aquel esmirriado muchachito era un fotógrafo, por eso se volvió megalómano y se aproximó al mundo de los asesinos sin pensar realmente en lo que se estaba metiendo, la policía se portó esta vez espléndidamente, los asesinos fueron recalando uno tras otro en la prisión de Sing Sing, y en la silla eléctrica, o bien eran abatidos por sus propios mandantes como medida de precaución, pero una vez en Central Park se le escapó por casualidad un tiro de gracia que le arruinó la carrera a un senador y desencadenó una avalancha de escándalos, lo que obligó a la policía a dar parte de su existencia, de la que nadie tenía noticias, al Comité de investigaciones del Congreso, descubierto su paradero por el FBI, el Comité lo hizo polvo, y cuando, con su foto en el periódico, volvió a su taller, lo encontró en el mismo estado en que quedara aquella vez la tienda de su padre, aún logró mantenerse a flote una temporada vendiendo a la policía fotos de asesinos, y a estos, fotos de detectives, mas pronto empezaron a darle caza todos, policías y asesinos, y a él no le quedó más remedio que ponerse a salvo en el ejército, también allí necesitaban fotógrafos, legales e ilegales, pero al decir que se había puesto a salvo, prosiguió retrepándose en el sillón, las piernas sobre la mesa, estaba exagerando bastante, las guerras, aunque solo recibieran el calificativo de medidas administrativas, eran impopulares, había que convencer a diputados y senadores, diplomáticos y periodistas, y si no se les convencía, había que sobornarlos, y si eran insobornables, era preciso extorsionarlos, con este fin llegó a tener a su disposición burdeles de lujo, las fotos que hacía en ellos eran dinamita política, lo obligaban a hacer todo aquello, el ejército hubiera podido enviarlo a su casa en cualquier momento, y teniendo en cuenta lo que allí le aguardaba, él había cedido, con el resultado de que, cuando empezó a perfilarse otro Comité de investigaciones, abandonó el ejército para refugiarse en la aeronáutica, y luego, pues no hay nadie más testarudo que los políticos sedientos de venganza, de la aeronáutica se pasó a la industria armamentista, en la que confluían todos los intereses, de manera que por fin podía esperar hallarse a salvo, y así había ido a parar allí, muy maltrecho, un cazador perpetuamente cazado, una figura legendaria para los iniciados en su profesión, que luego lo eligieron jefe, por cierto que aceptar esa elección también había sido una de las ideas más estrafalarias de su vida, pues al hacerlo se convirtió en jefe de una organización ilegal de la que se podía obtener cualquier información sobre todas las armas utilizadas, y cuya tarea podía definirse diciendo que

volvía superfluo el espionaje, quien quería saber algo sobre un carro de combate enemigo o sobre la eficacia de un cañón antitanque, no tenía más que dirigirse a él, gracias a él la guerra había seguido mal que bien su curso, pero su posición, demasiado importante, había llamado la atención de la administración, y esta, para destruir esa organización, se había puesto en contacto con él, que era considerado el máximo experto en su especialidad, no querían obligarlo, pero unos cuantos senadores..., pues bien, el hecho es que aceptó el encargo y ahora la organización empezaba a tambalearse, la continuidad de la guerra era dudosa, que él fuera objeto de acechanzas por parte de sus excolegas y que lo observaran dondequiera que asomase la cabeza era algo perfectamente natural, tanto más cuanto que admitió haber mantenido ocultas una serie de informaciones delicadísimas.

Calló, había estado hablando sin parar y ella intuyó que necesitaba hacerlo, que ese hombre acababa de contarle cosas que quizás nunca le había contado a nadie, pero también intuyó que le ocultaba algo y que ese algo tenía que ver con el motivo por el que le estaba contando su vida, allí estaba bien arrellanado, las piernas sobre la mesa, mirando frente a sí como si esperase algo, y entonces se oyó otra vez un aullido que se acercaba, un impacto, un estallido, del techo cayó una especie de lluvia fina, después silencio, ella preguntó qué había sido aquello, él respondió que la razón por la cual nadie se aventuraba a ir ahí, se dirigió cojeando al laboratorio, de lo alto se abatió una escalera, subieron por ella y llegaron a una salita de bóveda aplanada que se alzaba sobre un circuito cerrado de ventanillas, y solo cuando se sentó junto a él advirtió que las ventanillas eran monitores, en uno de los cuales vio cómo el sol se ponía y el suelo del desierto se abría, luego apareció el todoterreno y se vio a sí misma subiendo a él, a continuación vio menguar la franja anaranjada, vio caer la noche, el todoterreno que se hundía en el suelo, las estrellas que iban apareciendo, algo hizo fuego allí cerca, una luz potentísima, el monitor se apagó, ahora el retardador especial, dijo él, otra vez lo mismo, de manera intermitente llegó la noche, de manera intermitente reapareció el vehículo que se iba hundiendo en el suelo, de manera intermitente aparecieron las estrellas y una aumentó de tamaño, de manera intermitente fue adquiriendo forma de cometa, una figura alargada, de un blanco incandescente, que voló en dirección al desierto, explotó de manera intermitente y lanzó hacia lo alto fragmentos de roca, como un volcán, después solo luz, oscuridad, aquel había sido el primero, el segundo había explotado más cerca, explicó Polifemo, la precisión aumentaba, y, al preguntarle la F. qué había visto, él respondió que un misil intercontinental, y en otro monitor apareció la imagen del desierto, la montaña, también la ciudad, el desierto se aproximó, una cruz reticular se posó sobre la imagen, allí estaba la instalación en la que se encontraban la F. y él, la foto provenía de un satélite cuyo periodo de revolución se hallaba tan perfectamente sincronizado con el de la Tierra que siempre volaba por encima de ellos, luego encendió un segundo monitor, todo automatizado, según dijo, otra vez el desierto, en el margen izquierdo un cuadradito negro, las ruinas de Al-Hakim, en la parte superior derecha la ciudad, en el margen derecho la montaña, todavía con la nube, una bola de algodón de un blanco deslumbrante, en el centro de la imagen una esfera con antenas, el primer satélite observado por un segundo para observar qué observaba el primero, y entonces desconectó los monitores, se dirigió cojeando a la escalera, bajó sin preocuparse por la F., regresó a la sala donde estaba la mesa, cogió un poco de *corned beef* con las manos, se sentó, se apoyó en el respaldo, puso los pies sobre la mesa, dijo que pronto llegaría el siguiente, y mientras comía le explicó que si en la guerra del desierto se probaban las armas convencionales modernas, para los planes estratégicos de ambas partes era necesario controlar la precisión de la puntería de los misiles intercontinentales, continentales y de los disparados por submarinos atómicos, el funcionamiento de los sistemas de armamento portadores de bombas atómicas y de hidrógeno, con lo cual por un lado se mantenía la paz en la Tierra, aunque fuera a riesgo de armar mortalmente la paz y la Tierra al confiar demasiado en la intimidación del otro, o en la computadora, o en una ideología o incluso en Dios, pues el otro podía perder la cabeza y pasar a la acción, la computadora podía equivocarse, la ideología podía resultar falsa y Dios, desinteresarse, y por otro lado, precisamente las potencias que solo poseían armas convencionales y tenían que agachar la cabeza eran inducidas a promover guerras convencionales a la sombra de la paz mundial y de la intimidación, ante la posibilidad de una guerra atómica las guerras convencionales se habían vuelto intachables desde el punto de vista moral, lo que a su vez incrementaba la producción de armas convencionales y justificaba la guerra en el desierto, un circuito genial para mantener en pleno funcionamiento la industria armamentista y, con ella, la economía mundial, la estación en la que se encontraban tenía el cometido de

acelerar ese proceso, debía su existencia a un acuerdo secreto y había sido construida con un presupuesto fabuloso, solo para el suministro subterráneo de corriente habían construido un dique de contención y una central eléctrica en la montaña, no habían elegido al azar esa zona del desierto como centro de pruebas y cada año pagaban medio billón por ella, pues no quedaba lejos de aquellos países que, dadas sus riquezas petrolíferas, cedían una y otra vez a la tentación de extorsionar a las naciones industrializadas, la estación de observación contaba con un plantel de más de cincuenta especialistas, todos técnicos, él era el único cámara entre ellos, y, lo más importante, siempre equipado con la vieja Kodak de la tienda de su padre, solo últimamente manejaba vídeos, él nunca había entrado en la estación de observación por más que anunciaran un arma de gran calibre, había logrado hacer fotos sensacionales, hasta que un casco de metralla le destrozó un día la pierna izquierda, pero cuando por fin volvió, después de reconstruísela, encontró la estación semiabandonada, la habían automatizado por completo, los técnicos que aún quedaban trabajaban con computadoras, en realidad a él ya no lo necesitaban, lo habían sustituido por cámaras de vídeo automáticas, después pusieron en órbita un satélite sobre la estación de observación y ni siquiera los informaron, la estación de observación para el satélite se encontraba en las islas Canarias, solo por casualidad un especialista de la televisión descubrió el satélite encima de ellos, más tarde descubrieron el segundo, el de los otros, y poco después llegó la orden de evacuar la estación, que ya estaba en condiciones de trabajar en forma totalmente automática, lo cual era mentira, pues ¿qué hacía entonces ahí aquel satélite?, solo había quedado él, Polifemo, y no entendía nada de todas esas instalaciones, lo único que podía verificar era si aún funcionaban las de vídeo, sí, todavía funcionaban, pero ¿por cuánto tiempo?, la corriente que alimentaba la estación de observación ya solo provenía de las baterías, esa misma mañana se había cortado la que llegaba de la central eléctrica, cuando se agotaran las baterías, la estación quedaría inutilizada, y ahora también habían empezado a equipar los misiles intercontinentales con bombas no precisamente atómicas, sino convencionales, pero de gran potencia explosiva, y aunque le pareciera exagerado pensar que ambas partes tenían la mira puesta no tanto en la estación, sino en él, pues se hallaba en posesión de una serie de películas y negativos más que embarazosos para ciertos diplomáticos, el hecho es que desde entonces bebía, antes jamás lo había hecho, tras oír lo cual la F. le preguntó si los documentos que poseía eran el motivo por el que había matado a Björn Olsen.



Bajó los pies de la mesa, se levantó, sacó una botella de whisky de entre los rollos de película, se sirvió en el vaso donde había tomado leche en polvo, lo movió, se lo tomó de un trago, le preguntó si creía en Dios, se sirvió otro whisky y volvió a sentarse frente a ella, que, desconcertada por su pregunta, primero pensó responderle con aspereza, pero luego, intuyendo que le sonsacaría más cosas si le daba una respuesta seria, contestó que no podía creer en un Dios pues, por un lado, no sabía cómo imaginárselo y era incapaz de creer en algo que no lograra imaginarse en absoluto, y, por el otro, no tenía la menor idea de lo que él, que acababa de preguntarle por su fe, entendía bajo la palabra Dios, ese Dios en el que ella debía o no creer, a lo que él replicó que, si existía un Dios, este era puro espíritu y, como tal, pura observación, sin posibilidad de intervenir en el proceso de evolución de la materia que desembocaba en la pura nada, pues hasta los protones acababan desintegrándose, y en cuyo curso surgían y perecían la Tierra, las plantas, los animales y los hombres, solo siendo observación pura podía Dios permanecer incontaminado por su creación, cosa que también valía para él como cámara, pues también él debía limitarse a observar, de no ser así se habría descerrajado un tiro en la cabeza hacía tiempo, cualquier sentimiento como el miedo, el amor, la compasión, la ira, el desprecio, la venganza o la culpa no solo perturbaba la observación pura, sino que la hacía imposible, tiñéndola de sentimientos, de suerte que él se vería involucrado en aquel mundo asqueroso en vez de mantenerse al margen, la realidad se percibía objetivamente solo a través de la cámara, de forma aséptica, solo esta era capaz de fijar el tiempo y el espacio en los cuales se desarrollaba el acontecimiento, mientras que sin cámara el acontecimiento se desvanecía, apenas vivido era ya pasado, es decir, solo recuerdo y, como todo recuerdo, algo falseado, ficción, por eso él tenía la impresión de no ser ya un hombre —pues del ser-hombre forma parte la apariencia, la ilusión de poder vivir algo directamente—, era más bien como el cíclope Polifemo, que había vivido el mundo a través de un solo ojo redondo en medio de la frente como a través de una cámara, por eso había hecho explotar el microbús VW, no solo para impedir que Olsen siguiera indagando el destino de la periodista danesa y acabara en la situación en que ahora se encontraba ella, la F., sino que, añadió después de un nuevo aullido que se fue acercando y al que siguió un impacto, un estallido, un temblor, aunque esta vez más lejanos, más apagados —y un negligente «bastante alejado del blanco»—, lo más importante para él había sido filmar la explosión —que no lo malinterpretara, por favor—, una desgracia horrorosa, sin duda, pero gracias a la cámara un acontecimiento perennizado, un símbolo de la catástrofe universal, pues la cámara estaba ahí para fijar una décima, una centésima o una milésima de segundo, para detener el tiempo anulándolo, la película también reproducía la realidad al ser proyectada, aunque solo en apariencia, simulaba un decurso integrado por una serie de fotogramas que se sucedían, cuando él terminaba de rodar una película, volvía a cortarla y cada uno de esos fotogramas representaba entonces una realidad cristalizada, un valor infinito, pero ahora estaban esos dos satélites encima de él, con su cámara se había sentido un Dios, pero ahora alguien observaba lo que él observaba y no solo lo que él observaba, sino que él también era observado del mismo modo como observaba, conocía el poder resolutivo de las fotos de los satélites, un Dios observado ya no era un Dios, Dios no es observado, la libertad de Dios consistía en que era un Dios oculto, secreto, y la falta de libertad de los hombres se debía a que eran observados, para él, sin embargo, era aún más atroz la idea de quién lo observaba y ridiculizaba, un sistema de computadoras, pues quien lo observaba eran dos cámaras unidas a dos computadoras, observadas a su vez por otras dos computadoras que también eran observadas por más computadoras y almacenadas, exploradas, transformadas y vueltas a combinar en las computadoras unidas a ellas, luego los datos reprocesados por otras computadoras eran revelados, ampliados, clasificados e interpretados, por quién y dónde y si en algún momento por seres humanos lo ignoraba, las

computadoras también sabían leer y señalar las fotos de los satélites si estaban programadas para captar los detalles y las irregularidades, él, Polifemo, era un Dios destronado, su puesto lo había ocupado una computadora observada por otra computadora, un Dios observaba al otro, el mundo rodaba hacia su propio origen.

Se había tomado un vaso de whisky tras otro, alargándolos apenas con un poco de agua, otra vez se había convertido en el hombre que ella conoció junto al cadáver desfigurado del danés, en un bebedor con la cara surcada de arrugas y un par de ojillos ardientes que, sin embargo, parecían petrificados, como si desde siempre hubieran contemplado algún gélido horror, y cuando la F. le preguntó a quién se le había ocurrido llamarle Polifemo, él se llevó una sorpresa, nada más oír la pregunta se acercó la botella de whisky a la boca y respondió luego torpemente que ella acababa de estar dos veces en peligro de muerte, cuando salió al aire libre por entre los misiles y antes, frente a la puerta de hierro, si la hubiera abierto no estaría viva, pues el nombre Polifemo se lo habían puesto en el portaaviones *Kittyhawk*, cuando la retirada de Vietnam del Sur ya había sido decidida, en la cabina que compartía con un gigante pelirrojo, un tipo extraño, profesor de griego en la Universidad de Hillbilly o algo así, que en sus ratos libres se dedicaba a leer a Homero, la *Ilíada*, cuyos versos recitaba en voz alta, un excelente piloto de bombarderos al que llamaban Aquiles, en parte para burlarse de sus rarezas y en parte por un respeto enorme ante su temeridad, un solitario al que él siempre había fotografiado y filmado, el trabajo que mejor le había salido, pues Aquiles nunca se preocupaba de esas cosas ni había intercambiado con él más que palabras indiferentes, hasta que una noche, pocas horas antes de atacar Hanói con un nuevo tipo de bombardero, una misión que ambos temían que pudiese acabar mal, Aquiles alzó la mirada de su Homero y se quedó observándolo justo cuando él lo estaba enfocando con su cámara, tú eres Polifemo, le dijo, eres Polifemo, y se rio, la única vez que se había reído, nunca más lo hizo, y en ese momento empezó a hablar, también por primera vez, y dijo que los griegos diferenciaban entre Ares, el dios del tumulto de la batalla, y Palas Atenea, la diosa del orden en la batalla, en el combate cuerpo a cuerpo cualquier reflexión era peligrosa, solo una reacción rapidísima servía para esquivar una lanza, parar un golpe de espada con el escudo, golpear o atacar, el enemigo estaba presente, un cuerpo a cuerpo en el que la rabia, el jadeo, el sudor y la sangre del adversario se mezclaban con la rabia, el jadeo, el sudor y la sangre propios formando un feroz ovillo de miedo y odio, el hombre hundía sus garras en el hombre, clavaba sus dientes en el hombre, lo desgarraba, lo despedazaba, lo apuñalaba, convertido en animal destrozaba animales, así había luchado Aquiles frente a Troya, había sido una matanza llena de odio, y encima había aullado de rabia y lanzado gritos de júbilo tras la muerte de cada enemigo, en cambio él, al que también llamaban Aquiles, ¡qué ignominia!, cuanto más técnica la guerra, más abstracto el enemigo, que para el tirador selecto con anteojo de puntería ya solo era reconocible como un objeto perdido en lontananza, y para los cañones ya no era sino un objetivo hipotético, como piloto de bombardero él solo podía decir, en caso de necesidad, cuántas ciudades y aldeas había bombardeado, pero no cuántos hombres había matado, ni tampoco cómo los había matado, destrozado, aplastado o quemado, no lo sabía, se limitaba a observar sus instrumentos y a seguir las instrucciones de su radiotelegrafista para guiar el avión hasta un punto determinado, aquel punto abstracto en el sistema estereométrico de coordenadas de longitud, latitud y altitud, dependiente de la propia velocidad y de la dirección del viento, luego venía el lanzamiento automático de las bombas y después del ataque no se sentía un héroe, sino un cobarde, en él surgía la tenebrosa sospecha de que cualquier verdugo de las SS en Auschwitz había actuado más éticamente que él, el verdugo era confrontado con sus víctimas, aunque las considerase seres infrahumanos, sabandijas, entre él, Aquiles, y sus víctimas no había en cambio la menor confrontación, las víctimas ya ni siquiera eran seres infrahumanos, sino algo más bien indefinido, era como exterminar insectos, como el aviador que esparce veneno sin ver a los mosquitos, bombardear, aniquilar, borrar del mapa, eliminar, no importaba qué términos se utilizaran, era algo abstracto, puramente técnico, algo ya solo comprensible de manera sumaria, o, mejor aún, de manera financiera, un vietnamita muerto costaba más de cien mil

dólares, la moral era extirpada como un tumor maligno y el odio inyectado como un estimulante contra un enemigo fantasmal, si él viera un enemigo real prisionero, no podría odiarlo, era cierto que luchaba contra un sistema que iba en contra de sus concepciones políticas, pero cualquier sistema, hasta el más criminal, era una confusión de culpables e inocentes, y en cualquier sistema, y no menos en el mecanismo bélico al cual se hallaba asociado, el crimen se infiltraba, ganaba terreno y asfixiaba la argumentación, él tenía la impresión de no ser una persona, sino un simple observador de manecillas y relojes, sobre todo en el ataque que tenían que efectuar aquella noche, su avión era una computadora volante, él despegaba, volaba hasta el objetivo y lanzaba las bombas, todo automático, ellos dos solo cumplían una función observadora, a ratos hubiera deseado ser un criminal de verdad, hacer algo inhumano, ser un animal, violar y estrangular a una mujer, el hombre era una ilusión, o se convertía en una máquina sin alma, en una cámara, en una computadora, o se volvía un animal, después de este discurso, el más largo que jamás hubiera pronunciado, Aquiles enmudeció y horas más tarde ambos volaban al doble de la velocidad del sonido en dirección a Hanói, en vuelo rasante hacia la vorágine de fuego de los cañones antiaéreos, la CIA había prevenido a Hanói, la defensa también formaba parte del experimento, pese a todo él hizo allí algunas de sus mejores fotos, luego, tras el lanzamiento de las bombas el avión fue alcanzado, los mecanismos automáticos dejaron de funcionar, bañado en sangre, con una herida en la cabeza, Aquiles logró volver con él en esa máquina gravemente dañada, no ya como un hombre, sino como una computadora, pues cuando aterrizaron en el *Kittyhawk* y el aparato se detuvo, él vio a su lado la cara sangrienta e inexpresiva de un idiota, nunca podría olvidar a Aquiles, mientras viviera se sentiría en deuda con él, había leído la *Ilíada* para entender a aquel profesor de Hillbilly que le había salvado la vida y había quedado idiota por culpa suya, había indagado el paradero de Aquiles y solo había dado con él al cabo de años, en el departamento de psiquiatría del hospital militar donde a él, Polifemo, le reconstruyeron la pierna, había reencontrado a un dios idiota al que tenían encerrado en una celda porque tras fugarse varias veces del establecimiento había violado y asesinado a mujeres, dicho lo cual volvió a fijar la mirada frente a sí, y cuando ella le preguntó si el ser que estaba detrás de la puerta era Aquiles, él respondió que debía entender que cuando se presentaba una ocasión él tenía que satisfacer el único deseo que aún le quedaba a Aquiles, y además le había prometido a ella el retrato de Jytte Sörensen.

Le costó poner en marcha el proyector, primero tuvo que buscar largo rato la película, hasta que por fin lo consiguió, y ella, arrellanada en una butaca de cine, con las piernas cruzadas, vio por primera vez a Jytte Sörensen, una mujer esbelta en un abrigo de piel rojo que caminaba hacia el gran desierto de arena, en un primer momento creyó que la mujer que estaba viendo era ella misma, pero por el modo de andar dedujo que a esa mujer la obligaban a avanzar, cuando se detenía, algo la sobresaltaba, en ningún momento llegó a verle la cara, pero por la sombra que de vez en cuando se veía intuyó que el todoterreno de Polifemo la impelía a adentrarse en el desierto, Jytte Sörensen caminaba y caminaba, desierto de piedra, desierto de arena, pero no era un caminar sin rumbo, por más que algo la obligaba a avanzar, la F. tenía la sensación de que la danesa se dirigía a un objetivo que deseaba alcanzar, de pronto bajó por una ladera empinada, rodó por el suelo, aparecieron las ruinas de Al-Hakim con sus pájaros negros aovillados, los santos, ella se levantó, corrió hacia ellos, abrazó las rodillas del primero, quiso pedirle ayuda, pero el santo cayó a tierra como había caído con la F., la danesa se arrastró sobre el cadáver y se abrazó a las rodillas del segundo, también este era un cadáver, la sombra del vehículo emergió entonces, negra como la pez, y un ser gigantesco se abalanzó sobre ella, que, privada de su voluntad repentinamente, se dejó hacer de todo, fue violada y asesinada, todo clarísimo, su cara en primer plano, por primera vez, luego la del ser aquel, acezante, ávida, carnosa, inexpresiva, lo que siguió luego debieron de filmarlo con una cámara especial y de noche, el cadáver yacía entre los santos, los dos muertos estaban otra vez sentados, llegaron chacales que olisquearon y empezaron a desgarrar a Jytte Sörensen, y solo en ese momento la F. advirtió que estaba sola en la sala de proyecciones, se levantó, abandonó la sala, se detuvo, sacó un cigarrillo de su bolso, lo encendió y se puso a fumar, sentado a la mesa, Polifemo estaba cortando una cinta, a su lado un caballete con restos de películas, sobre la mesa un revólver junto a los fotogramas recortados de los rollos, al otro extremo de la mesa una gran masa de carne calva que, con los ojos cerrados, escandía hexámetros griegos, Homero, balanceándose al ritmo de los versos, Polifemo dijo que lo había atiborrado de Valium, luego, mientras recortaba un fotograma, le preguntó si le había gustado su material, un vídeo regrabado en una película de 16 mm, pregunta a la que ella no supo dar respuesta, él la miró indiferente, frío, lo que él llamaba realidad era una escenificación, dijo ella, a lo que él respondió, observando el fotograma que acababa de recortar, que una obra de teatro era escenificable, pero que no se podía escenificar la realidad, sino solo visualizarla, que él había visualizado a la Sörensen como una sonda espacial había visualizado los volcanes aún activos de una luna de Júpiter, a lo que ella replicó: sofistería, y él dijo que la realidad no era sofística, y luego, como todo volvió a temblar y otra vez cayó una lluvia fina del techo, ella quiso saber por qué había llamado a Aquiles un dios idiota, una pregunta a la que él respondió diciendo que lo llamaba así porque Aquiles actuaba como un dios contaminado por su creación, que exterminaba a sus criaturas, la danesa no era una criatura del idiota, objetó ella indignada, tanto peor para Dios, repuso él tranquilamente, y a la pregunta de si lo harían allí, él dijo que no, ni tampoco junto a las ruinas de Al-Hakim, eran lugares observados por los satélites, el retrato de la danesa presentaba fallos, el retrato de ella, la F., sería su obra maestra, ya había elegido el sitio, que ahora los dejara solos a él y a Aquiles, este podía despertarse y él tenía que hacer las maletas, partirían esa noche, él se la llevaría, junto con las películas y fotos por las que lo estaban persiguiendo, abandonaría para siempre esa estación, y entonces se volvió de nuevo hacia su película, mientras ella, sin darse cuenta, lo obedeció, se encaminó a su celda y se tendió en la cama *Jugendstil* o en el sofá, tan indiferente le era lo que hacía, ya que huir era imposible, él estaba otra vez sobrio e iba armado, Aquiles podía despertarse y la estación no paraba de temblar, y aunque ella hubiera querido huir, en realidad no sabía si quería huir, vio ante sí el rostro de Jytte Sörensen descompuesto por el placer, y luego, cuando las manos gigantes se

cerraron en torno a su cuello, por un instante, antes de que se desfigurase, lo vio orgulloso, triunfante, solícito, la danesa había deseado todo lo que le ocurrió, la violación y la muerte, el resto solo había sido un pretexto, y en cuanto a ella, tendría que recorrer hasta el final el camino que había elegido y hacerlo por mor de su elección, de su orgullo, de sí misma, un círculo vicioso del deber, ridículo y, sin embargo, inexorable, pero era la verdad, la verdad sobre sí misma, que ella estaba buscando, pensó en su encuentro con Von Lambert, había aceptado el encargo yendo en contra de su instinto, de un proyecto vago se había refugiado en otro aún más vago, solo por llevar a cabo algo, pues estaba atravesando una crisis, pensó en su conversación con D., quien había sido lo bastante cortés como para intentar disuadirla, pero también lo bastante curioso para saber cómo acabaría todo aquello, Von Lambert aún podía mandar otro helicóptero, era, una vez más, el culpable, pensó ella y no pudo evitar reírse, pues se vio a sí misma en el taller, frente al retrato, que era en verdad el de Jytte Sörensen, pero ella se volvió demasiado tarde, debió de ser Tina quien salió aquella vez del taller, y seguro que el director era su amante, había estado muy cerca de la verdad, pero no había seguido rastreándola, la tentación de volar a M. fue demasiado grande, aunque tal vez aquel vuelo no hubiera sido más que una fuga, pero una fuga de quién, se preguntó, de ella misma, era posible, quizás ya no se soportaba más y su fuga consistía en dejarse llevar por la corriente, se vio a sí misma de niña junto a un arroyuelo de montaña que luego se precipitaba por una pared de roca, ella se había alejado del campamento y había lanzado un barquito de papel al arroyuelo, se puso a seguirlo, no tardó en detenerlo una piedra, enseguida otra más, pero el barquito se liberaba siempre y era impulsado inconteniblemente hacia la cascada, y ella, la niña, lo observaba radiante de alegría, pues se había subido al barquito con todas sus amigas, también con su hermana, su madre y su padre, y con aquel chiquillo pecoso de su clase que luego murió de parálisis infantil, con todos a los que amaba y que la amaban, y cuando el barquito empezó a deslizarse por el agua como una flecha, cuando cogió velocidad junto al acantilado y se precipitó al abismo, ella lanzó un grito exultante, y de pronto el barquito se transformó en un barco, y el arroyo en un río que corría hacia una catarata, y ella iba en aquel barco que avanzaba cada vez más rápido hacia la catarata, y por encima de esta, en dos acantilados, se habían apostado Polifemo, que la estaba fotografiando con una cámara parecida al ojo de un gigante, y Aquiles, que se reía bamboleando de un lado a otro su torso desnudo.

Partieron poco después de un estallido tan violento que ella pensó que la estación se hundiría, nada funcionaba debidamente, hubo que elevar el todoterreno mediante palancas, y cuando por fin estuvieron al aire libre, Polifemo la sujetó con unas esposas a una de las barras de la plataforma, donde quedó echada entre montañas de películas, y partió a gran velocidad, pero ya no llegó ningún misil, viajaron sin interrupción toda la noche, cada vez más hacia el sur, sobre ellos las estrellas, cuyos nombres ella había olvidado excepto uno, Canopo, que ella también vería, le había dicho D., pero ahora no sabía si la estaba viendo o no, lo cual la atormentaba de forma extraña, pues le parecía que Canopo la ayudaría si ella pudiera reconocerla, luego empalidecieron las estrellas, la última fue una que quizás era Canopo, vino la gélida luz de plata que marca el paso de la noche al día, sintió frío, el ascenso del globo del sol, y de pronto Polifemo la liberó, obligándola a caminar con su abrigo de piel rojo hacia el gran desierto, hacia un accidentado paisaje lunar de arena y piedra, junto a lechos de río secos y entre dunas de arena y extrañas formaciones rocosas, hacia un infierno de luz y sombra, polvo y sequedad, tal como habían obligado a Jytte Sørensen, detrás de ella, a ratos casi tocándola, a ratos alejado, a ratos inaudible, a ratos acercándose ruidosamente, un monstruo que jugaba con su víctima, el todoterreno conducido por Polifemo, y junto a este Aquiles, aún medio aturdido, balanceándose y citando la *Iliada*, versos, lo único que la esquirra de acero que lo había alcanzado no había conseguido destruir, pero Polifemo no necesitaba guiarla, ella caminaba y caminaba, envuelta en su abrigo rojo, avanzando en dirección al sol, que estaba cada vez más alto, de pronto oyó una carcajada a su espalda, el todoterreno empezó a perseguirla como el policía del turbante blanco había perseguido al chacal, quizás ella fuera aquel chacal, se detuvo, el vehículo también frenó, estaba bañada en sudor, se desvistió, le daba igual que la mirasen, se envolvió solo en el abrigo, siguió avanzando, el todoterreno detrás de ella, caminaba y caminaba, el sol ardía en el cielo, cuando el coche se detuvo a cierta distancia la F. oyó el zumbido de una cámara y en ese momento empezó el intento por retratar a una asesinada, solo que la asesinada sería ella misma, no era ella la que haría el retrato, sino la retratada, y se preguntó qué ocurriría con su retrato, si Polifemo lo proyectaría ante otras víctimas como había proyectado ante ella el de la danesa, luego ya no pensó en nada, pues era absurdo pensar en algo, en la trémula luz del horizonte surgieron extrañas rocas bajas, quizás un espejismo, pensó, siempre había soñado con ver un espejismo, pero cuando se aproximó, ya tambaleante, las rocas resultaron ser un cementerio de carros de combate bombardeados que la rodearon como animales gigantescos con aspecto de tortuga, mientras el relumbrante vacío aparecía jalonado por los potentes mástiles de reflectores calcinados que habían iluminado la batalla de los carros, y en cuanto ella reconoció el lugar al cual la habían obligado a ir, la sombra del todoterreno que se acercaba cayó como un abrigo sobre ella, y cuando Aquiles se le plantó delante, semidesnudo, cubierto de polvo como si saliese de una batalla, los viejos pantalones militares desgarrados, los pies desnudos con costras de arena, los ojos de idiota muy abiertos, ella fue víctima del embate monstruoso del presente, la invadió un deseo de vivir aún desconocido, de abalanzarse sobre aquel gigante, sobre aquel dios idiota, y clavarle los dientes en el cuello, y de pronto se volvió un animal feroz, desprovisto de cualquier sentimiento humanitario, idéntico a aquel que quería violarla y matarla, identificado con la terrible estupidez del mundo, pero él pareció esquivarla, empezó a girar sobre sí mismo sin que ella comprendiese por qué la esquivaba, giró sobre sí mismo, cayó a tierra, se levantó y se quedó mirando fijamente los cadáveres de acero americanos, alemanes, franceses, rusos, checos, israelíes, suizos e italianos, de los cuales empezó a salir vida, pues de los carros de combate oxidados y de los carros de reconocimiento destruidos emergieron varias cámaras como animales fantásticos, destacándose sobre la ardiente luz plateada del universo, el jefe del servicio secreto surgió de entre los restos abollados de un SU-100 ruso, mientras de la torre de mando de un

Centurión calcinado saltó, como leche derramándose, el jefe de la policía en su uniforme blanco, todos habían observado a Polifemo y se habían observado unos a otros, y de pronto, mientras los cámaras filmaban de pie en las torretas acorazadas, en las planchas de blindaje y sobre las orugas de los carros, y los técnicos de sonido lanzaban sus anzuelos por lo alto y de través, Aquiles, alcanzado por un segundo disparo, se lanzó a atacar en su impotente rabia un vehículo tras otro, rodando a tierra por efecto de los puntapiés y quedando una y otra vez tumbado de espaldas, luego se revolcó, se puso en pie, avanzó jadeando hacia el todoterreno, las dos manos pegadas al pecho, la sangre le corría entre los dedos, cayó nuevamente de espaldas alcanzado por un tercer disparo, siguió rugiendo versos de la *Ilíada* en dirección a Polifemo, que lo estaba filmando, volvió a incorporarse, fue atravesado por una descarga de metralleta, cayó nuevamente al suelo y murió, al ver lo cual Polifemo, mientras todos lo filmaban y se filmaban unos a otros, puso en marcha su todoterreno y, describiendo una amplia curva en torno a los restos de los carros, se escabulló velozmente de quienes lo perseguían, que solo tuvieron que seguir las huellas, aunque también esto fue inútil, pues cuando al filo de la medianoche llegaron a pocos kilómetros de la estación de observación, una explosión estremeció el desierto como un terremoto y una bola de fuego se elevó a lo alto.



Unas semanas más tarde, cuando la F. ya estaba de vuelta con su equipo y las cadenas de televisión habían rechazado su película sin fundamento alguno, el lógico D. leyó en el periódico de la mañana, mientras desayunaba en el restaurante italiano, que el jefe del Estado Mayor había hecho fusilar en M. al jefe del servicio secreto y al jefe de la policía, a uno por haber traicionado a su país, y al otro por haber intentado derrocar al Gobierno, y ahora, convertido él mismo en jefe del Gobierno, había volado al sur del país, donde había tropas acantonadas, para proseguir la guerra fronteriza, asimismo había desmentido los rumores de que una zona del desierto fuera centro de pruebas de misiles extranjeros, pues su país era neutral, una noticia que divirtió a D. tanto más cuanto que en la página siguiente leyó que Otto y Tina von Lambert habían visto realizado un deseo que acariciaban desde hacía tiempo, pues la dama a quien creían muerta y enterrada acababa de traer al mundo un robusto bebé, de suerte que D., doblando el periódico, dijo a la F.: Vaya, vaya, ¡qué suerte has tenido!

*FRIEDRICH DÜRRENMATT*

*4 DE JUNIO DE 1986*

*El encargo*  
Friedrich Dürrenmatt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Der Auftrag oder vom Beobachten des Beobachters der Beobachter*

Ilustración de la portada: Martín Tognola. © Martín Tognola

© 1986 by Diogenes Verlag AG Zürich. Todos los derechos reservados

© de la traducción: © Juan José del Solar, 1988

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2021

ISBN: 978-84-1107-050-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

